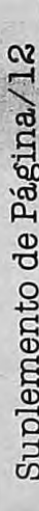
68

EL MAYO DE LA REBELION

VEINTE AÑOS ES MUCHO

Gilles Caron

En Mayo del '68 se prohibieron los bostezos. El futuro se instalaba mas acá, al alcance de una mano extendida, y entonces era posible que los intelectuales rechazaran el Nobel y que los estudiantes sacudieran la conciencia desde las barricadas. Un mes antes había muerto Martin Luther King, pero en ese mismo año las manos enguantadas del Poder Negro eran retransmitidas por la televisión desde las Olimpíadas de Montreal. Los estudiantes franceses recitaban los nombres trágicos y breves de los pueblos de Vietnam y copiaban maniáticamente la imagen del Che para pegarla a la memoria, a los cuadernos, al futuro inmediato. Las paredes de París se infectaron con frases definitivas: "Seamos realistas, pidamos lo imposible", "La imaginación al poder". Los graffitti no arrancaban sonrisas, se habían transformado en carteles de una ruta posible. La libertad se extendía como una mancha de aceite. Este suplemento reconstruye aquel clima en que la efervescencia era moneda corriente y el pensamiento combatía contra las verdades reveladas.





ULTIMO TANGO DE DANY COHN-BENDIT

Por Dany Cohn-Bendit

Nacido en Montauban en 1945, hijo de judíos emigrados alemanes, ni francés ni alemán, soy, como suele decirse, un bastardo. Disfruté de las enseñanzas de las escuelas y liceos franceses y alemanes, sobreviví a la masificación y el aburrimiento reinantes en las universidades de ambos países, y reivindico con orgullo mi transnacionalidad. Y, sin embargo, una tarde de verano en Sevilla, en 1982, me sorprendí enjugándome una lágrima ante la derrota del equipo de fútbol francés.

Pacifista convencido, la mayoría de los "progres" me aburren. A pesar de mi anticomunismo visceral, pataleo de indignación ante los renegados que han colgado sus hábitos y se apuntan a trémolo prorreaganiano para recuperar la virginidad. Y, aunque profundamente convencido de la legitimidad de las tesis ecologistas, me gusta la agresividad de la jungla metropolitana y confieso no soportar el campo durante mucho tiempo.

En resumen, sigo siendo un contestatario de la "promoción del 68"; y vivo en comunidad —en este momento con seis adultos y tres niños— y soy responsable en Francfort de una revista quincenal, *Pflasterstrand* (sí, "¡Bajo los adoquines, la playa!", ¡todo un programa!), pero desde aquella época evolucioné considerablemente, pues ahora me considero el prudente compañero de viaje de un partido —los Verdes alemanes— que acepta tímidamente la idea de gobernar, idea por la que milito desde hace algunos años.

Sé que existe una especie de rechazo hacia el Mayo del '68, pero ese pasado tan próximo, aunque olvidado, rechazado y renegado, a nadie deja indiferente.

A lo largo de estos años, he visto desarrollarse el rechazo a hablar de la contestación de los años '60, en especial entre los mismos que con su huella marcaron a los grupos izquierdistas. Les notaba una cierta reticencia a evocar el tema, un vago sentimiento de culpabilidad. El calificativo de "sesentayochista" se ha vuelto peyorativo, "progre" directamente en una injuria, y sé que suele murmurarse a mis espaldas que soy un "has been". Comprendo las razones de esta evolución. Es normal que quienes reclamaban "todo e inmediatamente" y el poder con o sin fusiles no se sientan ahora demasiado atraídos por el estilo de los viejos combatientes y se nieguen a repetir su pasado. Pero, al mismo tiempo, cuando llego a cualquier parte sólo me hablan de ese pasado con mucho calor y nostalgia. Tengo la sensación más bien halagüeña de encarnar el balance positivo de Mayo del '68, de ser el símbolo del "hablar claro", y el "último mohicano" movido por una espontaneidad a veces un poco "infantil", pero siempre, ¡y cómo!, "simpática y liberadora". Siempre he respondido de buen grado a esas preguntas que más bien me divertían, hasta que me harté del papel de referencia viviente, de especie de monumento al que se rinde homenaje los días de aniversario.

Tanto en mi vida personal como en mis compromisos políticos, siempre he querido que hubiera una continuidad entre mis convicciones de ayer, mi acción presente y el futuro con el que sueño. Sin embargo, a muchos de mis interlocutores les parece que tal continuidad se ha roto.

(...) Tengo la convicción de que pese a nuestra diversidad, nuestras contradicciones, nuestros fracasos y nuestros errores, inventamos nuevas formas de vida social e impusimos unos comportamientos diferentes en las relaciones políticas, que nos ayudarán a superar los problemas a los que hoy nos vemos enfrentados.

Este cúmulo de experiencias heterogéneas, de decepciones y de alegrías, de amores y de odios, de poesía y de banalidades, habrá sido indispensable para permitirnos alcanzar nuevas orillas.

Ni canto de gloria ni canto fúnebre, nos limitamos a decir: "¡Quisimos tanto la revolución!".

* *Extracto del prólogo a* "La revolución y nosotros, que la quisimos tanto", *Ed. Anagrama.*

Dany Cohn-Bendit confiesa que está harto de ser un monumento viviente al que se rinde homenaje en los aniversarios. Régis Debray provoca escándalo con su autobiografía recientemente publicada. Otros miembros de la generación del '68 lo acusan —en una nota de Lluis Bassets de *El País*— de subestimar la política y dejarse llevar por las mujeres. Todos coinciden en un punto: en el '68 lo detestaban, hoy apoyan a Mitterrand. En Francia las paredes olvidaron los insolentes graffitti de entonces. En México aún se recuerda la cruenta matanza de Tlatelolco.

NOSOTROS



Empieza uno a decirse que hace falta tomar el poder para hacer triunfar las ideas propias, y es el poder quien os toma suavemente y triunfa poco a poco sobre vuestras ideas". Esta frase de Régis Debray, consejero del presidente de la República y miembro del Consejo de Estado, pertenece a su libro autobiográfico *Las máscaras*, que acaba de publicarse en París y ha levantado una considerable polémica.

Las máscaras llega al punto. Coincide con vísperas de fastos y celebraciones. Hace 20 años París ardía en barricadas. Hace 20 años los muchachos y muchachas de Mayo del '68 tenían 20 años. Ahora tienen más de 40 y ya falta poco para que empiecen a ser abuelos.

Dos miembros de esta generación, Hervé Hamon y Patrick Rotman, acaban de publicar el segundo volumen de *Generación*, al que han titulado *Los años de pólvora* (o *de polvo*) (en francés, *poudre* significa ambas cosas). El primer volumen, aparecido el pasado año, se titulaba *Los años de ensueño*.

Como en una inmensa novela, Rotman y Hamon han contado en 1300 páginas la historia de 100 jóvenes, desde 1960 hasta 1975. A través de su peripecia han descrito la historia de una generación entera, la historia de un barrio estudiantil, Le Quartier, el barrio por excelencia, que no es otro que el Barrio Latino, y también de París y de Francia. Durante cuatro años han recogido los testimonios de los protagonistas, exceptuando los casos trágicos de los desaparecidos, alguno en la guerrilla latinoamericana, algún otro bajo las balas de un crimen misterioso.

"Hemos querido reconstruir el nacimiento, el apogeo y la muerte de un mito, el de la revolución", cuenta Rotman, sentado en una mesa de Au Deux Magots, el célebre café de Saint-Germain-de-Prés, justo en la frontera donde empieza el barrio, su barrio, donde ahora trabaja en una editorial y hace 20 años se batía en las barricadas como militante del grupo trotskista Juventudes Comunistas Revolucionarias.

"Vivíamos de un mito que se encarnaba en millones de jóvenes. En 37 países se registraron revueltas estudiantiles en 1968. El espíritu del tiempo era entonces la revolución. Eramos hijos de la resistencia, del holocausto, de la guerra mundial. La memoria histórica tenía para nosotros una gran importancia. Quizá fuimos la última generación con memoria."

Régis Debray, a 10 minutos de Aux Deux Magots, tiene su apartamento ya en pleno barrio. Una noche, en diciembre de 1986, cuando regresaba de cenar con unos amigos, se encontró con una manifestación que parecía anacrónica. Unos cuantos miles de jóvenes ocupaban el bulevar Saint Germain, y al poco las nubes de gases le arrancaban las lágrimas y le obligaban a taparse la boca y la nariz con un pañuelo.

Los estudiantes de 1986 eran para Debray tan extraños como los de 1968. Para él no hubo mayo de 1968. Estaba en Camiri, la cárcel boliviana, cumpliendo condena por su participación en la guerrilla de Ernesto *Che* Guevara, el héroe de la generación. Debray siempre fue crítico con el movimiento de mayo y con sus secuelas, principalmente maoístas.

Hace 10 años, con motivo del décimo aniversario, escribió un ácido panfleto titulado *Modesta contribución a los discursos y ceremonias oficiales del décimo aniversario*. Ahora, sentado en su piso, próximo al Odeón, el teatro que ocuparon los jóvenes revolucionarios, comenta su sorpresa por el extraño matrimonio que se ha producido entre su libro *Las máscaras* y *Generación*.

"No me considero de la generación del '68", asegura. Y añade: "A partir de entonces dejó de hablarse de mí en Francia. La revolución en el Tercer Mundo dejó de interesar en Francia. Lo que se llevaba era la revolución en Europa. Extremando las cosas, yo aparecía incluso como un derrotista que no creía en las posibilidades revolucionarias en Francia y las había ido a buscar a América latina. Pero, además, mi distancia con el '68 responde también a razones morales e intelectuales. Es lo que conté hace 10 años: el '68 significa la victoria del individualismo burgés y del liberalismo sobre el compromiso marxista y los valores clásicos de la izquierda. Es la entrada de la cultura norteamericana en Francia".

Mitterrand, el viejo sabio

Debray no es el único que tomó distancias con el '68. El presidente de la República,







ULTIMO TANGO DE DANY COHN-BENDIT

Por Dany Cohn-Bendit

Nacido en Montauban en 1945, hijo de judíos emigrados alemanes, ni francés ni alemán, soy, como suele decirse, un bastardo. Disfruté de las enseñanzas de las escuelas y liceos franceses y alemanes, sobreviví a la masificación y el aburrimiento reinantes en las universidades de ambos países, y reivindico con orgullo mi transnacionalidad. Y, sin embargo, una tarde de verano en Sevilla, en 1982, me sorprendí enjugándome una lágrima ante la derrota del equipo de fútbol francés.

Pacifista convencido, la mayoría de los "progres" me aburren. A pesar de mi anticomunismo visceral, pataleo de indignación ante los renegados que han colgado sus hábitos y ahora se apuntan a trémolo prorreaganiano para recuperar la virginidad. Y, aunque profundamente convencido de la legitimidad de las tesis ecologistas, me gusta la agresividad de la jungla metropolitana y confieso no soportar el campo durante mucho tiempo.

En resumen, sigo siendo un contestatario de la "promoción del 68"; y vivo en comunidad —en este momento con seis adultos y tres niños— y soy responsable en Francfort de una revista quincenal, *Pflasterstrand* (sí, "¡Bajo los adoquines, la playa!", ¡todo un programa!), pero desde aquella época evolucioné considerablemente, pues ahora me considero el prudente compañero de viaje de un partido —los Verdes alemanes— que acepta tímidamente la idea de gobernar, idea por la que milito desde hace algunos años.

Sé que existe una especie de rechazo hacia el Mayo del '68, pero ese pasado tan próximo, aunque olvidado, rechazado y renegado, a nadie deja indiferente.

A lo largo de estos años, he visto desarrollarse el rechazo a hablar de la contestación de los años '60, en especial entre los mismos que con su huella marcaron a los grupos izquierdistas. Les notaba una cierta reticencia a evocar el tema, un vago sentimiento de culpabilidad. El calificativo de "sesentayochista" se ha vuelto peyorativo, "progre" directamente en una injuria, y sé que suele murmurarse a mis espaldas que soy un "has been". Comprendo las razones de esta evolución. Es normal que quienes reclamaban "todo e inmediatamente" y el poder con o sin fusiles no se sientan ahora demasiado atraídos por el estilo de los viejos combatientes y se nieguen a repetir su pasado. Pero, al mismo tiempo, cuando llego a cualquier parte sólo me hablan de ese pasado con mucho calor y nostalgia. Tengo la sensación más bien halagüeña de encarnar el balance positivo de Mayo del '68, de ser el símbolo del "hablar claro", y el "último mohicano" movido por una espontaneidad a veces un poco "infantil", pero siempre, ¡y cómo!, "simpática y liberadora". Siempre he respondido de buen grado a esas preguntas que más bien me divertían, hasta que me harté del papel de referencia viviente, de especie de monumento al que se rinde homenaje los días de aniversario.

Tanto en mi vida personal como en mis compromisos políticos, siempre he querido que hubiera una continuidad entre mis convicciones de ayer, mi acción presente y el futuro con el que sueño. Sin embargo, a muchos de mis interlocutores les parece que tal continuidad se ha roto.

(...) Tengo la convicción de que pese a nuestra diversidad, nuestras contradicciones, nuestros fracasos y nuestros errores, inventamos nuevas formas de vida social e impusimos unos comportamientos diferentes en las relaciones políticas, que nos ayudarán a superar los problemas a los que hoy nos vemos enfrentados.

Este cúmulo de experiencias heterogéneas, de decepciones y de alegrías, de amores y de odios, de poesía y de banalidades, habrá sido indispensable para permitirnos alcanzar nuevas orillas.

Ni canto de gloria ni canto fúnebre, nos limitamos a decir: "¡Quisimos tanto la revolución!".

---

* *Extracto del prólogo a* "La revolución y nosotros, que la quisimos tanto", *Ed. Anagrama.*

Dany Cohn-Bendit confiesa que está harto de ser un monumento viviente al que se rinde homenaje en los aniversarios. Régis Debray provoca escándalo con su autobiografía recientemente publicada. Otros miembros de la generación del '68 lo acusan —en una nota de Lluis Bassets de *El País*— de subestimar la política y dejarse llevar por las mujeres. Todos coinciden en un punto: en el '68 lo detestaban, hoy apoyan a Mitterrand. En Francia las paredes olvidaron los insolentes graffitti de entonces. En México aún se recuerda la cruenta matanza de Tlatelolco.



Cartier Bresson

SEAN REALISTAS EXIJAN LO IMPOSIBLE

NOSOTROS Y LA REVOLUCION

Empieza uno a decirse que hace falta tomar el poder para hacer triunfar las ideas propias, y es el poder quien os toma suavemente y triunfa poco a poco sobre vuestras ideas". Esta frase de Régis Debray, consejero del presidente de la República y miembro del Consejo de Estado, pertenece a su libro autobiográfico *Las máscaras*, que acaba de publicarse en París y ha levantado una considerable polémica.

Las máscaras llega al punto. Coincide con vísperas de fastos y celebraciones. Hace 20 años París ardía en barricadas. Hace 20 años los muchachos y muchachas de Mayo del '68 tenían 20 años. Ahora tienen más de 40 y ya falta poco para que empiecen a ser abuelos.

Dos miembros de esta generación, Hervé Hamon y Patrick Rotman, acaban de publicar el segundo volumen de *Generación*, al que han titulado *Los años de pólvora* (o *de polvo*) (en francés, *poudre* significa ambas cosas). El primer volumen, aparecido el pasado año, se titulaba *Los años de ensueño*.

Como en una inmensa novela, Rotman y Hamon han contado en 1300 páginas la historia de 100 jóvenes, desde 1960 hasta 1975. A través de su peripecia han descrito la historia de una generación entera, la historia de un barrio estudiantil, Le Quartier, el barrio por excelencia, que no es otro que el Barrio Latino, y también de París y de Francia. Durante cuatro años han recogido los testimonios de los protagonistas, exceptuando los casos trágicos de los desaparecidos, alguno en la guerrilla latinoamericana, algún otro bajo las balas de un crimen misterioso.

"Hemos querido reconstruir el nacimiento, el apogeo y la muerte de un mito, el de la revolución", cuenta Rotman, sentado en una mesa de Au Deux Magots, el célebre café de Saint-Germain-de-Prés, justo en la frontera donde empieza el barrio, su barrio, donde ahora trabaja en una editorial y hace 20 años se batía en las barricadas como militante del grupo trotskista Juventudes Comunistas Revolucionarias.

"Vivíamos de un mito que se encarnaba en millones de jóvenes. En 37 países se registraron revueltas estudiantiles en 1968. El espíritu del tiempo era entonces la revolución. Eramos hijos de la resistencia, del holocausto, de la guerra mundial. La memoria histórica tenía para nosotros una gran importancia. Quizá fuimos la última generación con memoria."

Régis Debray, a 10 minutos de Aux Deux Magots, tiene su apartamento ya en pleno barrio. Una noche, en diciembre de 1986, cuando regresaba de cenar con unos amigos, se encontró con una manifestación que parecía anacrónica. Unos cuantos miles de jóvenes ocupaban el bulevar Saint Germain, y al poco las nubes de gases le arrancaban las lágrimas y le obligaban a taparse la boca y la nariz con un pañuelo.

Los estudiantes de 1986 eran para Debray tan extraños como los de 1968. Para él no hubo mayo de 1968. Estaba en Camiri, la cárcel boliviana, cumpliendo condena por su participación en la guerrilla de Ernesto *Che* Guevara, el héroe de la generación. Debray siempre fue crítico con el movimiento de mayo y con sus secuelas, principalmente maoístas.

Hace 10 años, con motivo del décimo aniversario, escribió un ácido panfleto titulado *Modesta contribución a los discursos y ceremonias oficiales del décimo aniversario*. Ahora, sentado en su piso, próximo al Odeón, el teatro que ocuparon los jóvenes revolucionarios, comenta su sorpresa por el extraño matrimonio que se ha producido entre su libro *Las máscaras* y *Generación*.

"No me considero de la generación del '68", asegura. Y añade: "A partir de entonces dejó de hablarse de mí en Francia. La revolución en el Tercer Mundo dejó de interesar en Francia. Lo que se llevaba era la revolución en Europa. Extremando las cosas, yo aparecía incluso como un derrotista que no creía en las posibilidades revolucionarias en Francia y las había ido a buscar a América latina. Pero, además, mi distancia con el '68 responde también a razones morales e intelectuales. Es lo que conté hace 10 años: el '68 significa la victoria del individualismo burgés y del liberalismo sobre el compromiso marxista y los valores clásicos de la izquierda. Es la entrada de la cultura norteamericana en Francia".

Mitterrand, el viejo sabio

Debray no es el único que tomó distancias con el '68. El presidente de la República, François Mitterrand, calificó de mala manera, hace 20 años, a los revolucionarios de mayo. "Es la revolución de los zánganos", dijo. Y, sin embargo, la gran mayoría de la generación está hoy con Mitterrand.

Una broma o provocación que hizo Daniel Cohn-Bendit, el líder más conocido de la revuelta, en una asamblea del Movimiento Veintidós de Marzo en Nanterre, antes de las barricadas, se ha hecho realidad. "Todos nosotros nos movemos por Mitterrand sin saberlo", había dicho. "Todos éramos hostiles a Mitterrand entonces", cuenta Patrick Rotman. "Para nosotros era un aventurero, un político florentino, el hombre que se había montado el falso atentado del paseo del Observatorio. Mitterrand ha tenido siempre un gran resentimiento respecto a esta época."

Roland Castro, hoy reconocido prácticamente como arquitecto presidencial, era hace 20 años el inventor y el dirigente de *Vive la Revolution*, un grupo de maoístas con una indiscutible vertiente lúdica. Su narración en el libro de Rotman y Hamon no puede ser más clara respecto a las difíciles relaciones entre Mitterrand y los jóvenes del '68. "Detesté a Mitterrand hasta el 8 de mayo de 1981 . Este día asistí al último mitin de su campaña, en Nantes, donde hizo un discurso al estilo Malraux. Me convertí. Cuando le vi por primera vez en el Elíseo, me dijo que mi plan [de construcción de viviendas] le interesaba, pero añadió: 'Hay algo que no funciona entre nosotros, es mayo de 1968'. Yo le dije: 'Conozco bien la historia, Régis Debray me la ha contado'. Así empezó la discusión."

Jean Pierre Le Dantec, profesor de Bellas Artes ahora y entonces dirigente de la Gauche Proletariènne, el grupo maoísta más radical, y director de su órgano, *La Cause du Peuple*, encarcelado por apología de la violencia, también cuenta su primer contacto con el presidente de la República: "Asistí a un almuerzo en el Elíseo a fines de 1984. El pretexto era saber cómo reconquistar la opinión pública. Yo jugué el papel de protestón. Intenté explicar al presidente el hiato que había entre él y nósotros. El era un burgués tibio cuando nosotros teníamos 20 años. Se convirtió cada vez más en marxista durante el período del Programa Común [del Partido Socialista con el Partido Comunista], mientras que nosotros evolucionábamos en sentido contrario. La izquierda llegó al poder en el momento en que su ideología era ya obsoleta".

Rotman, el minucioso historiador de la generación, confirma esta versión de los hechos: "Mitterrand es ahora para nosotros el viejo sabio. La aproximación entre los antiguos izquierdistas y los socialistas se produce de verdad a partir de 1983, cuando el PS queda desprovisto de su mito. Es el momento del cambio de política económica, de la austeridad, la reconversión y luego el gobierno de Laurent Fabius. Los ex izquierdistas habían abandonado el mito mucho antes, ésta es la verdad. Ahora es el fin total de la utopía. Nadie cree que el socialismo tenga un contenido y un objetivo".

Debray apoyó a Mitterrand nada más regresar de Camiri. Roland Castro, en la elección presidencial de 1981. Pero el grueso de los ex maoístas y ex trotskistas se reconcilió con los reformistas y los traidores de antaño después del giro a la derecha del gobierno de Fabius. Jean-Paul Besst, jefe de edición del diario *Libération* y antiguo militante trotskista, trabajó en el gabinete de prensa del joven primer ministro Laurent Fabius. "El número de ex izquierdistas alrededor de Fabius es a mis ojos un misterio total", asegura.

Para la derecha francesa este misterio no es tal. Basta con ver los discursos ya no de la extrema derecha de Jean-Marie Le Pen, sino los del ministro del Interior, Charles Pasqua, para entender que lo que separa a Mitterrand de la generación de 1968 es precisamente lo que los une ante los ojos de los conservadores. Llegan al poder y se asocian, precisamente porque ya no creen en lo que creían, pero la sociedad bien pensante teme todavía que conspiren contra el orden establecido. Los izquierdistas de ayer están ahora perfectamente integrados, haste el punto de que ocupan puestos claves en algunos sectores, principalmente en la comunicación y la prensa. Según Rotman, "Mayo del '68 y lo que siguió fue antes que nada una revolución teatral, en la que lo más importante era la representación".

La clave de la ecuación generación del '68+ Mitterrand está, por tanto, en otro lugar. "Mayo del '68 ha matado al Partido Comunista; incluso los disidentes del Este lo reconocen", asegura Rotman. "Pero los cambios culturales han sobrevivido al izquierdismo y han terminado también con él. La generación del '68 se reconoce en Mitterrand ahora porque, en el fondo, también éstos eran sus objetivos."

Debray, agente de enlace

Régis Debray, incómodo en este saco generacional que parece ocultar el sentido de su libro, ve las cosas de forma sustancialmente distinta. "Para mí nunca ha funcionado el mito de la revolución en Francia. Aquí yo he sido siempre reformista. Esto me ha permitido no renegar de mis ideas o renegar menos que otros. Nunca he sido anticomunista, como muchos izquierdistas de antaño, ni he creído que la revolución estuviera en la punta del fusil en París. Cuando regresé a Francia, enseguida pedí el voto para los socialistas, mientras los izquierdistas me llamaban traidor y reformista." Pero Debray ha sido un agente de enlace entre la generación del '68, que es la suya desde el punto de vista de edad, y Mitterrand. Y para postre, los prolegómenos del 20° aniversario y el libro de Rotman y Hamon coinciden con su autobiografía, donde en el fondo aborda la misma historia desde otro punto de vista. "Yo he escrito una novela de amor", dice. "He intentado mezclar la política y los sentimientos", añade.

Las claves del libro de Debray son el humor y la ironía corrosiva, que caen principalmente sobre sí mismo. El objetivo parece ser la destrucción de su propia imagen mitificada. "En cuanto poso, me troncho de risa", dice en *Las máscaras*. Y añade de viva voz: "El espíritu serio me desespera. O caes en la jeremiada, en el profetismo, con el riesgo del ridículo, u optas por la ironía y la risa. Es el camino que eligió Ania Francos".

Como en el libro de Debray, en el de Rotman y Hamon hay distancia y hay una técnica detallista que permite reconstruir la historia a partir de las pequeñas experiencias de los personajes. "Pero —según Debray— apenas hay ironía en los personajes de *Generación*; los izquierdistas, casi siempre con mentalidad propia de patio escolar, aparecen como colosos que hacen historia, y de otra parte no hay una narración libidinal y sentimental".

En cambio, para Rotman, a quien le ha gustado mucho *Las máscaras*, Debray casi se ha pasado, pero por el otro lado. "Subestima el compromiso político y pone mucha distancia por medio, para concluir que las mujeres eran lo más importante. Debray ha sido arrastrado por la historia y por las mujeres, y él mismo tiene una gran capacidad de autoflagelación."

También hay algo de provocación —la lección que Debray ha aprendido de Mayo del '68— en su historia de mujeres, que es también casi toda la historia. Están Fidel, el Che, Allende, los guerrilleros latinoamericanos, Simone Signoret, Althusser, Poulantzas. Pero están, sobre todo, sus mujeres y sus líos de mujeres. Algunas citas del libro bastan para calibrar el tamaño del desaguisado que ha perpetrado el hombre de letras con el mito político: "Desde la edad de razón, sólo los sentimientos me han permitido mantenerme a flote, esta dulce locura". "Las mujeres cuyos labios muerdo son mis hermanos de los tiempos de paz." "(...) Hacer eslabón entre mujeres, países, oficios, imágenes de marca (...)." "La política, la continuación del amor por otros medios."

Pero la historia central de la autobiografía de Debray puede leerse en una clave que lo acerca a sus congeneracionales.

En el caso de *Generación*, la historia del nacimiento, apogeo y desaparición del mito produce en sus protagonistas la nostalgia de las batallitas y de los recuerdos de infancia y juventud, en una preparación metafórica para la nueva era, la edad de los nietos a los que se les explicarán cuentos del '68. En *Las máscaras* también hay nostalgia, nostalgia ligera y escurridiza, que queda eclipsada por una carcajada sarcástica y por el éxito brillante de una escritura —cito a los críticos— "amarga y seca, stendhaliana", "hecha de confesiones oblicuas, de máximas a la francesa, de retratos austeros":

"La escritura es a veces la revancha de los vencidos", se lee en *Las máscaras*. Pero éstos son unos vencidos un tanto particulares. Daniel Cohn-Bendit ya anunció el pasado año de qué iba la historia, en el propio título de su libro *La revolución y nosotros, que la quisimos tanto*. Querían hacer la revolución, pero hicieron otra cosa. ¿Quién podría ahora reprochárselo?

México insurgente

Claro que participé en el '68. Era una experiencia generacional. Me metí en las manifestaciones, salí varias veces con las brigadas, repartí volantes a lo bestia. Y cuando vino lo de Tlatelolco hasta quise irme de México para siempre", cuenta un militante estudiantil de entonces.

Fue el 2 de octubre. El acto en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, era un punto culminante de la intensa movilización estudiantil que, iniciada a fines de julio, fue reprimida cada vez con mayor dureza. Cinco países centroamericanos ya habían presentado quejas al presidente de México, Gustavo Díaz Ordaz. En Santo Domingo habían apedreado la cancillería mexicana en señal de repudio. En las universidades de Nueva York, Columbia y Guatemala se organizaban manifestaciones en apoyo a los estudiantes mexicanos reprimidos. Panamá, Perú, Chile y Francia se habían sumado a las protestas. En Helsinki se consideraba la posibilidad de no asistir a las Olimpíadas próximas a realizarse en México.

Sin embargo, la condena internacional no logró impedir la tragedia de Tlatelolco. Unas diez mil personas reunidas en la plaza se manifestaron contra el autoritarismo del gobierno de Díaz. Al anochecer, los soldados, escondidos entre las ruinas aztecas, abrieron fuego contra la multitud. La emboscada se había preparado cuidadosamente. Un helicóptero soltó luces de bengala en el lugar preciso del blanco y la zona fue inmediatamente rodeada por el ejército que en coordinación con el Batallón Olimpia comenzó la matanza. Durante toda la noche los carros blindados del ejército transportaron los cuerpos de las víctimas. Nadie sabe a ciencia cierta cuántos murieron. Algunos dicen que 300. Otros, calculan quinientos. El gobierno admitió sólo 32 bajas. El secretario de la Defensa, Marcelino García Barragán, declaró: "El comandante responsable soy yo. No se decretará el estado de sitio; México es un país donde la libertad impera y seguirá imperando. Hay militares y estudiantes muertos y heridos. Si aparecen más brotes de agitación actuaremos en la misma forma".

La masacre logró su objetivo: el movimiento de protesta se desintegró. El 12 de octubre se encendió la llama olímpica, se lanzaron palomas blancas sobre el estadio azteca y comenzaron los Juegos.







Cartier Bresson

SEAN REALISTAS EXIJAN LO IMPOSIBLE

Y LA REVOLUCION

François Mitterrand, calificó de mala manera, hace 20 años, a los revolucionarios de mayo. "Es la revolución de los zánganos", dijo. Y, sin embargo, la gran mayoría de la generación está hoy con Mitterrand.

Una broma o provocación que hizo Daniel Cohn-Bendit, el líder más conocido de la revuelta, en una asamblea del Movimiento Veintidós de Marzo en Nanterre, antes de las barricadas, se ha hecho realidad. "Todos nosotros nos movemos por Mitterrand sin saberlo", había dicho. "Todos éramos hostiles a Mitterrand entonces", cuenta Patrick Rotman. "Para nosotros era un aventurero, un político florentino, el hombre que se había montado el falso atentado del paseo del Observatorio. Mitterrand ha tenido siempre un gran resentimiento respecto a esta época."

Roland Castro, hoy reconocido prácticamente como arquitecto presidencial, era hace 20 años el inventor y el dirigente de *Vive la Revolution*, un grupo de maoístas con una indiscutible vertiente lúdica. Su narración en el libro de Rotman y Hamon no puede ser más clara respecto a las difíciles relaciones entre Mitterrand y los jóvenes del '68. "Detesté a Mitterrand hasta el 8 de mayo de 1981. Este día asistí al último mitin de su campaña, en Nantes, donde hizo un discurso al estilo Malraux. Me convertí. Cuando le vi por primera vez en el Elíseo, me dijo que mi plan [de construcción de viviendas] le interesaba, pero añadió: 'Hay algo que no funciona entre nosotros, es mayo de 1968'. Yo le dije: 'Conozco bien la historia, Régis Debray me la ha contado'. Así empezó la discusión."

Jean Pierre Le Dantec, profesor de Bellas Artes ahora y entonces dirigente de la Gauche Proletariènne, el grupo maoísta más radical, y director de su órgano, *La Cause du Peuple*, encarcelado por apología de la violencia, también cuenta su primer contacto con el presidente de la República: "Asistí a un almuerzo en el Elíseo a fines de 1984. El pretexto era saber cómo reconquistar la opinión pública. Yo jugué el papel de protestón. Intenté explicar al presidente el hiato que había entre él y nosotros. El era un burgués tibio cuando nosotros teníamos 20 años. Se convirtió cada vez más en marxista durante el período del Programa Común [del Partido Socialista con el Partido Comunista], mientras que nosotros evolucionábamos en sentido contrario. La izquierda llegó al poder en el momento en que su ideología era ya obsoleta".

Rotman, el minucioso historiador de la generación, confirma esta versión de los hechos: "Mitterrand es ahora para nosotros el viejo sabio. La aproximación entre los antiguos izquierdistas y los socialistas se produce de verdad a partir de 1983, cuando el PS queda desprovisto de su mito. Es el momento del cambio de política económica, de la austeridad, la reconversión y luego el gobierno de Laurent Fabius. Los ex izquierdistas habían abandonado el mito mucho antes, ésta es la verdad. Ahora es el fin total de la utopía. Nadie cree que el socialismo tenga un contenido y un objetivo".

México insurgente

Claro que participé en el'68. Era una experiencia generacional. Me metí en las manifestaciones, salí varias veces con las brigadas, repartí volantes a lo bestia. Y cuando vino lo de Tlatelolco hasta quise irme de México para siempre", cuenta un militante estudiantil de entonces.

Fue el 2 de octubre. El acto en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, era un punto culminante de la intensa movilización estudiantil que, iniciada a fines de julio, fue reprimida cada vez con mayor dureza. Cinco países centroamericanos ya habían presentado quejas al presidente de México, Gustavo Díaz Ordaz. En Santo Domingo habían apedreado la cancillería mexicana en señal de repudio. En las universidades de Nueva York, Columbia y Guatemala se organizaban manifestaciones en apoyo a los estudiantes mexicanos reprimidos. Panamá, Perú, Chile y Francia se habían sumado a las protestas. En Helsinki se consideraba la posibilidad de no asistir a las Olimpíadas próximas a realizarse en México.

Sin embargo, la condena internacional no logró impedir la tragedia de Tlatelolco. Unas diez mil personas reunidas en la plaza se manifestaron contra el autoritarismo del gobierno de Díaz. Al anochecer, los soldados, escondidos entre las ruinas aztecas, abrieron fuego contra la multitud. La emboscada se había preparado cuidadosamente. Un helicóptero soltó luces de bengala en el lugar preciso del blanco y la zona fue inmediatamente rodeada por el ejército que en coordinación con el Batallón Olimpia comenzó la matanza. Durante toda la noche los carros blindados del ejército transportaron los cuerpos de las víctimas. Nadie sabe a ciencia cierta cuántos murieron. Algunos dicen que 300. Otros, calculan quinientos. El gobierno admitió sólo 32 bajas. El secretario de la Defensa, Marcelino García Barragán, declaró: "El comandante responsable soy yo. No se decretará el estado de sitio; México es un país donde la libertad impera y seguirá imperando. Hay militares y estudiantes muertos y heridos. Si aparecen más brotes de agitación actuaremos en la misma forma".

La masacre logró su objetivo: el movimiento de protesta se desintegró. El 12 de octubre se encendió la llama olímpica, se lanzaron palomas blancas sobre el estadio azteca y comenzaron los Juegos.

Debray apoyó a Mitterrand nada más regresar de Camiri. Roland Castro, en la elección presidencial de 1981. Pero el grueso de los ex maoístas y ex trotskistas se reconcilió con los reformistas y los traidores de antaño después del giro a la derecha del gobierno de Fabius. Jean-Paul Besst, jefe de edición del diario *Libération* y antiguo militante trotskista, trabajó en el gabinete de prensa del joven primer ministro Laurent Fabius. "El número de ex izquierdistas alrededor de Fabius es a mis ojos un misterio total", asegura.

Para la derecha francesa este misterio no es tal. Basta con ver los discursos ya no de la extrema derecha de Jean-Marie Le Pen, sino los del ministro del Interior, Charles Pasqua, para entender que lo que separa a Mitterrand de la generación de 1968 es precisamente lo que los une ante los ojos de los conservadores. Llegan al poder y se asocian, precisamente porque ya no creen en lo que creían, pero la sociedad bien pensante teme todavía que conspiren contra el orden establecido. Los izquierdistas de ayer están ahora perfectamente integrados, haste el punto de que ocupan puestos claves en algunos sectores, principalmente en la comunicación y la prensa. Según Rotman, "Mayo del '68 y lo que siguió fue antes que nada una revolución teatral, en la que lo más importante era la representación".

La clave de la ecuación generación del '68-Mitterrand está, por tanto, en otro lugar. "Mayo del '68 ha matado al Partido Comunista; incluso los disidentes del Este lo reconocen", asegura Rotman. "Pero los cambios culturales han sobrevivido al izquierdismo y han terminado también con él. La generación del '68 se reconoce en Mitterrand ahora porque, en el fondo, también éstos eran sus objetivos."

Debray, agente de enlace

Régis Debray, incómodo en este saco generacional que parece ocultar el sentido de su libro, ve las cosas de forma sustancialmente distinta. "Para mí nunca ha funcionado el mito de la revolución en Francia. Aquí yo he sido siempre reformista. Esto me ha permitido no renegar de mis ideas o renegar menos que otros. Nunca he sido anticomunista, como muchos izquierdistas de antaño, ni he creído que la revolución estuviera en la punta del fusil en París. Cuando regresé a Francia, enseguida pedí el voto para los socialistas, mientras los izquierdistas me llamaban traidor y reformista." Pero Debray ha sido un agente de enlace entre la generación del '68, que es la suya desde el punto de vista de edad, y Mitterrand. Y para postre, los prolegómenos del 20° aniversario y el libro de Rotman y Hamon coinciden con su autobiografía, donde en el fondo aborda la misma historia desde otro punto de vista. "Yo he escrito una novela de amor", dice. "He intentado mezclar la política y los sentimientos", añade.

Las claves del libro de Debray son el humor y la ironía corrosiva, que caen principalmente sobre sí mismo. El objetivo parece ser la destrucción de su propia imagen mitificada. "En cuanto poso, me troncho de risa", dice en *Las máscaras*. Y añade de viva voz: "El espíritu serio me desespera. O caes en la jeremiada, en el profetismo, con el riesgo del ridículo, u optas por la ironía y la risa. Es el camino que eligió Ania Francos".

Como en el libro de Debray, en el de Rotman y Hamon hay distancia y hay una técnica detallista que permite reconstruir la historia a partir de las pequeñas experiencias de los personajes. "Pero —según Debray— apenas hay ironía en los personajes de *Generación*; los izquierdistas, casi siempre con mentalidad propia de patio escolar, aparecen como colosos que hacen historia, y de otra parte no hay una narración libidinal y sentimental".

En cambio, para Rotman, a quien le ha gustado mucho *Las máscaras*, Debray casi se ha pasado, pero por el otro lado. "Subestima el compromiso político y pone mucha distancia por medio, para concluir que las mujeres eran lo más importante. Debray ha sido arrastrado por la historia y por las mujeres, y él mismo tiene una gran capacidad de autoflagelación."

También hay algo de provocación —la lección que Debray ha aprendido de Mayo del '68— en su historia de mujeres, que es también casi toda la historia. Están Fidel, el Che, Allende, los guerrilleros latinoamericanos, Simone Signoret, Althusser, Poulantzas. Pero están, sobre todo, sus mujeres y sus líos de mujeres. Algunas citas del libro bastan para calibrar el tamaño del desaguisado que ha perpetrado el hombre de letras con el mito político: "Desde la edad de razón, sólo los sentimientos me han permitido mantenerme a flote, esta dulce locura". "Las mujeres cuyos labios muerdo son mis hermanos de los tiempos de paz." "(...) Hacer eslabón entre mujeres, países, oficios, imágenes de marca (...)." "La política, la continuación del amor por otros medios."

Pero la historia central de la autobiografía de Debray puede leerse en una clave que lo acerca a sus congeneracionales.

En el caso de *Generación*, la historia del nacimiento, apogeo y desaparición del mito produce en sus protagonistas la nostalgia de las batallitas y de los recuerdos de infancia y juventud, en una preparación metafórica para la nueva era, la edad de los nietos a los que se les explicarán cuentos del '68. En *Las máscaras* también hay nostalgia, nostalgia ligera y escurridiza, que queda eclipsada por una carcajada sarcástica y por el éxito brillante de una escritura —cito a los críticos— "amarga y seca, stendhaliana", "hecha de confesiones oblicuas, de máximas a la francesa, de retratos austeros":

"La escritura es a veces la revancha de los vencidos", se lee en *Las máscaras*. Pero éstos son unos vencidos un tanto particulares. Daniel Cohn-Bendit ya anunció el pasado año de qué iba la historia, en el propio título de su libro *La revolución y nosotros, qué la quisimos tanto*. Querían hacer la revolución, pero hicieron otra cosa. ¿Quién podría ahora reprochárselo?



LA UTOPIA AL ALCANCE DE LA MANO

El apocalipsis de la universidad francesa, el desconcierto de su clase política y el fin de ciertos discursos filosóficos fueron vividos por un testigo argentino en tiempos de la utopía.

Por Noé Jitrik

Estuve en Nanterre cuando todo comenzaba; los estudiantes reclamaban algo que las autoridades se resistían a considerar académico: libertad para entrar a los dormitorios de los varios sexos, como habría dicho el general Edelmiro J. Farrel en inolvidable síntesis. Los muros estaban llenos de inscripciones que iban en esa dirección pero, al iniciarse el Congreso de la Asociación de Hispanistas, palabras como "franquistas" enriquecieron las paredes: era injusto, los congresales no eran franquistas, sólo habían tenido la desdichada idea de izar una bandera española para indicar que ahí estaban; los prestigiosos investigadores se indignaron recordando sus medallas de guerra y los estudiantes replicaron, "ex combatientes" les dijeron, expresión que no sólo en Francia tiene un matiz injurioso. Los profesores discutían la situación: "¿Permitiría usted que su hija recibiera visitas nocturnas de caballeritos sólo porque los dormitorios están abiertos?" La respuesta solía ser "No", lo cual indicaba un clima bélico, se sentía en el aire, y en los pasillos, que algo iba a ocurrir. Ya había aparecido el hombre-símbolo de esa inminencia, Cohn-Bendit, "Danny le Rouge", el exponente más acabado del sentido de la revuelta, judío y alemán en Francia, como si lo hubiera parido Marcuse en alguno de sus libros que, por otra parte, empezaron a proliferar y a ser leídos como profecías y justificaciones.

A comienzos de mayo empezó la huelga en la universidad y pocos días después se sumaron los obreros, paró todo el país. En una asamblea en mi facultad, un amigo anarquista que hablaba con la pronunciación de D'Artagnan, me invitó fogosamente a destruir uno de mis mitos preferidos, la Reforma Universitaria de Córdoba, aunque fuera porque se llamaba así y no revolución; antes de que pudiera abrir la boca un profesor comunista emitió una sentencia clásica: "No es posible que los franceses tengan que formarse una opinión por lo que diga un extranjero"; me condenaba a ser un puro observador, entendí la advertencia. Debo reconocer que la restricción no me vino mal: vi muchas cosas, hice infinitos amigos, entré a Francia por medio de un conflicto y no a través de un edulcorado tour.

A partir de ese momento fue el desborde, una vertiginosa mezcla; junto con el recuerdo de discursos sobre la crisis del sistema me queda la visión angélica de una estudiante rubia en bikini que tomaba, indolente, sol en el patio de la facultad de donde (otra imagen) huía el decano como quien abandona la nave. Junto a esa inspirada diosa de la fertilidad revolucionaria pululábamos todos, niños y viejos, mientras que, en otro ángulo del patio vetusto, Jacques-Alain Miller, yerno de Lacan y hoy poderoso administrador de su herencia intelectual, confesaba, los ojos velados por la emoción: "Es la primera vez en mi vida que veo a un obrero". Un estudiante trotskista decía: "Es simple: el comité de huelga de la facultad se une a los de las otras y se forma uno de la Universidad; éste se une a los de las otras universidades de la región y cuanto todos los comités de región han organizado un comité nacional se toma el poder". De Gaulle, en el otro lado, discutía con los militares apostados en las bases francesas en Alemania y Jean Genet sostenía que había recuperado, para él y su perro, las calles de París, vacías de ejecutivos neuróticos y de autos histéricos. En la puerta de la facultad, un sastre español evocaba con delicioso coliche las traiciones a la Revolución del '36 de estalinistas, trotskistas, socialistas y centristas, o sea de todos, y aconsejaba desconfiar. Los maoístas, Miller a la cabeza, explicaban la Revolución Cultural enarbolando el *Pequeño libro rojo* ante algunos comerciantes que querían saber, "on veut discuter" sostenían democráticamente los camaradas burgueses. ¡Cuántos mitos se manejaban, cuántas citas de Marx, Lenin, Trotsky, Bakunin, los surrealistas, Mao, el Che, habían desplazado a las frases habituales de la sensatez francesa! Un viento de delirio atravesaba los discursos, había que ver lo que eran capaces de soñar los hombres más profesionalmente lúcidos del planeta. Sartre, pese a haber sido ligeramente vejado por los estudiantes, los acompañaba y sus explicaciones del proceso tenían el brillo de siempre; muchos pintores unían su talento a frases de Artaud: "Hasta cuándo estaremos rodeados de muerte y de muertos". Era un torrente de poesía corporal, pictórica y verbal que Cortázar recogía en sus notas, como si lo que se expresaba en las calles de París viniera a justificar muchas viejas decisiones, muchos desgarramientos.

La clase política estaba desconcertada pero, como sabe esperar, finalmente se apropió de los frutos del fervor, pudriéndolos desde luego en casi todos los casos. Los comunistas se resintieron, los moderados pensaban con *Le Figaro*, o *Le Figaro* pensaba por ellos, que era el fin del mundo pero, como había buen tiempo, parecía que no era para tanto y si los revolucionarios se entregaban al goce los demás no se daban realmente a la desesperación; y, como el clima, ayudó el estilo jocoso-solemne-patético-crudo-argótico-estructuralista que se impuso sin mayor esfuerzo, rompiendo tradiciones y creando, quizás, otras nuevas.

Me parece que, entre otras cosas, mayo marcó el fin del althusserianismo y del estructuralismo en general, como filosofías de lo dado; correlativamente, permitió el nacimiento de un discurso como el de Foucault, que posibilitaba más que el de Marcuse; seguramente muchos otros paradigmas intelectuales se quebraron como, me atrevo a suponer, el del predominio inquebrantable del Partido Comunista, aunque para ese cambio algo ayudó la primavera de Praga. 1968, incluido Tlatelolco, parecía el año elegido por el sistema para ponerse a prueba y revisar su crisis en las calles y entre tiroteos y bombazos.

Si bien vivimos, Tununa Mercado y yo, el movimiento en Besançon, una pequeña ciudad del Este, fuimos al escenario grande, al París de las barricadas; escapamos de los gases metiéndonos al metro, vimos las montañas de adoquines preparados para lanzarlos contra los gendarmes protegidos por escudos de plástico, caminamos con César Fernández Moreno y, con Antonio Seguí, vimos cómo los bomberos descolgaban a un suicida de un poste de alumbrado; clamaba, con fondo de detonaciones, "laissez-moi mourir". En las manifestaciones aparecían, redivivas, las Louise Michel llamando al sacrificio, los sansculottes desmelenados y fervientes. Euforia y desesperación, borrachera y lucidez, seguramente todo era síntoma de una caída, no necesariamente de una forma nueva que reemplazara lo caduco: "Pidan lo imposible".

No mucho después, un De Gaulle inconvincente daba por terminado el episodio; lo noté triste y apocado, se me ocurrió que una lucha que había comenzado en los dormitorios de una residencia estudiantil había acabado con él, cosa que no pudieron hacer los militares fascistas de Argel. Luego vino la recomposición, el reinado de Pompidou, los arreglos de Faure y, por el otro lado, como secuelas, el surgimiento en Europa de utopías más violentas aún, junto con el lenguaje gris de las dictaduras en una América latina en la que otras utopías se preparaban para la desesperación y la muerte en ominosos campos de exterminio.

Los tanques de la primavera

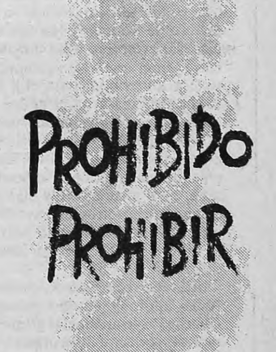
En Praga, la primavera de 1968 empezó en invierno. Corría el mes de enero cuando Alexander Dubceck fue elegido secretario general del Partido Comunista de Checoslovaquia. La reforma que se inició entonces alteró la fisonomía del país y produjo la inmediata reacción de Moscú. Muy lejos aún de la glasnost de Gorbachov, el Comité Central del partido no se mostró dispuesto a tolerar la apertura iniciada por los dirigentes checos, a quienes acusó de "abandonar el socialismo".

La reforma de Dubceck tendía a flexibilizar el sistema económico y democratizar la estructura política estatal, dando una mayor apertura al debate y a la vida cultural. En el partido, nuevas normas permitieron la discusión en las organizaciones de base y la elección libre de los comités y de los delegados para los congresos. Los cambios operados despertaron enorme entusiasmo, reflejado en la politización de universidades y fábricas y en los medios de comunicación, que incluso se permitieron ataques al modelo soviético. Las actitudes dispares que surgieron en el seno del partido llevaron a la dirección a convocar a un congreso extraordinario que debía celebrarse en septiembre. Allí se enfrentarían tres posiciones: los "dogmáticos", en desacuerdo con las reformas, los "liberales extremistas", que querían profundizarlas y criticaban frontalmente a la Unión Soviética y los partidarios de Dubceck.

La llamada primavera de Praga recibió el apoyo de Yugoslavia y Rumania —manifestada en la visita oficial de sus máximos dirigentes— y de la mayoría de los partidos comunistas de Europa occidental. Sin embargo, la actitud de la Unión Soviética, junto a Polonia, la República Democrática de Alemania, Bulgaria y Hungría, se fue endureciendo progresivamente. Cuando en la noche del 20 de agosto las tropas del bloque se apoderaron de Praga encontraron resistencia pasiva, pero no armada.

La actitud de la línea "dogmática", que se había comprometido previamente con Moscú, no fue la esperada. Tanto que el *Pravda* tuvo que sacar dos ediciones: en la primera sostiene que la intervención se había realizado a pedido del "Comité Central y del Gobierno", en la segunda la habían solicitado "un grupo de dirigentes", cuyos nombres nunca fueron revelados.

Pese a la presencia soviética, el congreso se llevó a cabo con 1192 delegados. Pero fue anulado en un documento que Dubceck firmó una vez trasladado a Moscú. En los otros puntos del texto se aceptaba "temporariamente" la presencia de las tropas soviéticas y una limitación de las libertades políticas y de prensa. Dubceck y otros dirigentes volvieron a Praga y, durante unos pocos meses, retomaron sus cargos. Pero ya no era primavera.



La band

Cuando el
alizador Ettore Scola tuvo que elegir
canción que ilustrara el mayo francés e
largometraje *El baile*, genial racconto sin
labras del siglo XX, optó por una cono
balada de amor de Lennon-McCartney: *Mi*
lle. Sin embargo, la canción había sido
bada tres años atrás en el disco "Rub
Soul" y aunque presentaba algunos ve
en francés y era una declaración de amo
una muchacha francesa, no tenía ninguna
lación con los sucesos de 1968. Para ma
del '68 los Beatles ya habían editado su c
mayor *Sgt. Pepper* y sacaban a la venta
simple con el tema *Lady Maddona*, dond
preguntaban cómo hacía una mujer



LA UTOPIA AL ALCANCE DE LA MANO

El apocalipsis de la universidad francesa, el desconcierto de su clase política y el fin de ciertos discursos filosóficos fueron vividos por un testigo argentino en tiempos de la utopía.

Por Noé Jitrik


Estuve en Nanterre cuando todo comenzaba; los estudiantes reclamaban algo que las autoridades se resistían a considerar académico: libertad para entrar a los dormitorios de los varios sexos, como habría dicho el general Edelmiro J. Farrel en inolvidable síntesis. Los muros estaban llenos de inscripciones que iban en esa dirección pero, al iniciarse el Congreso de la Asociación de Hispanistas, palabras como "franquistas" enriquecieron las paredes: era injusto, los congresales no eran franquistas, sólo habían tenido la desdichada idea de izar una bandera española para indicar que ahí estaban; los prestigiosos investigadores se indignaron recordando sus medallas de guerra y los estudiantes replicaron, "ex combatientes" les dijeron, expresión que no sólo en Francia tiene un matiz injurioso. Los profesores discutían la situación: "¿Permitiría usted que su hija recibiera visitas nocturnas de caballeritos sólo porque los dormitorios están abiertos?" La respuesta solía ser "No", lo cual indicaba un clima bélico, se sentía en el aire, y en los pasillos, que algo iba a ocurrir. Ya había aparecido el hombre-símbolo de esa inminencia, Cohn-Bendit, "Danny le Rouge", el exponente más acabado del sentido de la revuelta, judío y alemán en Francia, como si lo hubiera parido Marcuse en alguno de sus libros que, por otra parte, empezaron a proliferar y a ser leídos como profecías y justificaciones.

A comienzos de mayo empezó la huelga en la universidad y pocos días después se sumaron los obreros, paró todo el país. En una asamblea en mi facultad, un amigo anarquista que hablaba con la pronunciación de D'Artagnan, me invitó fogosamente a destruir uno de mis mitos preferidos, la Reforma Universitaria de Córdoba, aunque fuera porque se llamaba así y no revolución; antes de que pudiera abrir la boca un profesor comunista emitió una sentencia clásica: "No es posible que los franceses tengan que formarse una opinión por lo que diga un extranjero"; me condenaba a ser un puro observador, entendí la advertencia. Debo reconocer que la restricción no me vino mal: vi muchas cosas, hice infinitos amigos, entré a Francia por medio de un conflicto y no a través de un edulcorado tour.

A partir de ese momento fue el desborde, una vertiginosa mezcla; junto con el recuerdo de discursos sobre la crisis del sistema me queda la visión angélica de una estudiante rubia en bikini que tomaba, indolente, sol en el patio de la facultad de donde (otra imagen) huía el decano como quien abandona la nave. Junto a esa inspirada diosa de la fertilidad revolucionaria pululábamos todos, niños y viejos, mientras que, en otro ángulo del patio vetusto, Jacques-Alain Miller, yerno de Lacan y hoy poderoso administrador de su herencia intelectual, confesaba, los ojos velados por la emoción: "Es la primera vez en mi vida que veo a un obrero". Un estudiante trotskista decía: "Es simple: el comité de huelga de la facultad se une a los de las otras y se forma uno de la Universidad; éste se une a los de las otras universidades de la región y cuanto todos los comités de región han organizado un comité nacional se toma el poder". De Gaulle, en el otro lado, discutía con los militares apostados en las bases francesas en Alemania y Jean Genet sostenía que había recuperado, para él y su perro, las calles de París, vacías de ejecutivos neuróticos y de autos histéricos. En la puerta de la facultad, un sastre español evocaba con delicioso coliche las traiciones a la Revolución del '36 de estalinistas, trotskistas, socialistas y centristas, o sea de todos, y aconsejaba desconfiar. Los maoístas, Miller a la cabeza, explicaban la Revolución Cultural enarbolando el *Pequeño libro rojo* ante algunos comerciantes que querían saber, "on veut discuter" sostenían democráticamente los camaradas burgueses. ¡Cuántos mitos se manejaban, cuántas citas de Marx, Lenin, Trotsky, Bakunin, los surrealistas, Mao, el Che, habían desplazado a las frases habituales de la sensatez francesa! Un viento de delirio atravesaba los discursos, había que ver lo que eran capaces de soñar los hombres más profesionalmente lúcidos del planeta. Sartre, pese a haber sido ligeramente vejado por los estudiantes, los acompañaba y sus explicaciones del proceso tenían el brillo de siempre; muchos pintores unían su talento a frases de Artaud: "Hasta cuándo estaremos rodeados de muerte y de muertos". Era un torrente de poesía corporal, pictórica y verbal que Cortázar recogía en sus notas, como si lo que se expresaba en las calles de París viniera a justificar muchas viejas decisiones, muchos desgarramientos.

La clase política estaba desconcertada pero, como sabe esperar, finalmente se apropió de los frutos del fervor, pudriéndolos desde luego en casi todos los casos. Los comunistas se resintieron, los moderados pensaban con *Le Figaro*, o *Le Figaro* pensaba por ellos, que era el fin del mundo pero, como había buen tiempo, parecía que no era para tanto y si los revolucionarios se entregaban al goce los demás no se daban realmente a la desesperación; y, como el clima, ayudó el estilo jocoso-solemne-patético-crudo-argótico-estructuralista que se impuso sin mayor esfuerzo, rompiendo tradiciones y creando, quizás, otras nuevas.

Me parece que, entre otras cosas, mayo marcó el fin del althusserianismo y del estructuralismo en general, como filosofías de lo dado; correlativamente, permitió el nacimiento de un discurso como el de Foucault, que posibilitaba más que el de Marcuse; seguramente muchos otros paradigmas intelectuales se quebraron como, me atrevo a suponer, el del predominio inquebrantable del Partido Comunista, aunque para ese cambio algo ayudó la primavera de Praga. 1968, incluido Tlatelolco, parecía el año elegido por el sistema para ponerse a prueba y revisar su crisis en las calles y entre tiroteos y bombazos.

Si bien vivimos, Tununa Mercado y yo, el movimiento en Besançon, una pequeña ciudad del Este, fuimos al escenario grande, al París de las barricadas; escapamos de los gases metiéndonos al metro, vimos las montañas de adoquines preparados para lanzarlos contra los gendarmes protegidos por escudos de plástico, caminamos con César Fernández Moreno y, con Antonio Seguí, vimos cómo los bomberos descolgaban a un suicida de un poste de alumbrado; clamaba, con fondo de detonaciones, "laissez-moi mourir". En las manifestaciones aparecían, redivivas, las Louise Michel llamando al sacrificio, los sansculottes desmelenados y fervientes. Euforia y desesperación, borrachera y lucidez, seguramente todo era síntoma de una caída, no necesariamente de una forma nueva que reemplazara lo caduco: "Pidan lo imposible".

No mucho después, un De Gaulle inconvincente daba por terminado el episodio; lo noté triste y apocado, se me ocurrió que una lucha que había comenzado en los dormitorios de una residencia estudiantil había acabado con él, cosa que no pudieron hacer los militares fascistas de Argel. Luego vino la recomposición, el reinado de Pompidou, los arreglos de Faure y, por el otro lado, como secuelas, el surgimiento en Europa de utopías más violentas aún, junto con el lenguaje gris de las dictaduras en una América latina en la que otras utopías se preparaban para la desesperación y la muerte en ominosos campos de exterminio.

Los tanques de la primavera

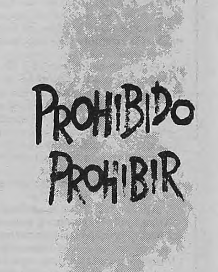
En Praga, la primavera de 1968 empezó en invierno. Corría el mes de enero cuando Alexander Dubceck fue elegido secretario general del Partido Comunista de Checoslovaquia. La reforma que se inició entonces alteró la fisonomía del país y produjo la inmediata reacción de Moscú. Muy lejos aún de la glasnost de Gorbachov, el Comité Central del partido no se mostró dispuesto a tolerar la apertura iniciada por los dirigentes checos, a quienes acusó de "abandonar el socialismo".

La reforma de Dubceck tendía a flexibilizar el sistema económico y democratizar la estructura política estatal, dando una mayor apertura al debate y a la vida cultural. En el partido, nuevas normas permitieron la discusión en las organizaciones de base y la elección libre de los comités y de los delegados para los congresos. Los cambios operados despertaron enorme entusiasmo, reflejado en la politización de universidades y fábricas y en los medios de comunicación, que incluso se permitieron ataques al modelo soviético. Las actitudes dispares que surgieron en el seno del partido llevaron a la dirección a convocar a un congreso extraordinario que debía celebrarse en septiembre. Allí se enfrentarían tres posiciones: los "dogmáticos", en desacuerdo con las reformas, los "liberales extremistas", que querían profundizarlas y criticaban frontalmente a la Unión Soviética y los partidarios de Dubceck.

La llamada primavera de Praga recibió el apoyo de Yugoslavia y Rumania —manifestada en la visita oficial de sus máximos dirigentes— y de la mayoría de los partidos comunistas de Europa occidental. Sin embargo, la actitud de la Unión Soviética, junto a Polonia, la República Democrática de Alemania, Bulgaria y Hungría, se fue endureciendo progresivamente. Cuando en la noche del 20 de agosto las tropas del bloque se apoderaron de Praga encontraron resistencia pasiva, pero no armada.

La actitud de la línea "dogmática", que se había comprometido previamente con Moscú, no fue la esperada. Tanto que el *Pravda* tuvo que sacar dos ediciones: en la primera sostiene que la intervención se había realizado a pedido del "Comité Central y del Gobierno", en la segunda la habían solicitado "un grupo de dirigentes", cuyos nombres nunca fueron revelados.

Pese a la presencia soviética, el congreso se llevó a cabo con 1192 delegados. Pero fue anulado en un documento que Dubceck firmó una vez trasladado a Moscú. En los otros puntos del texto se aceptaba "temporariamente" la presencia de las tropas soviéticas y una limitación de las libertades políticas y de prensa. Dubceck y otros dirigentes volvieron a Praga y, durante unos pocos meses, retomaron sus cargos. Pero ya no era primavera.



LA MUJER ANTES Y DESPUES

El movimiento del '68 sirvió para demostrar que cualquier autoridad debía ser conquistada, pero no existieron líderes femeninas y la experiencia fue vivida desde una posición-marginada.

Por Rossana Rossanda

Se me ha pedido que introduzca un debate sobre cuál ha sido el comportamiento de las mujeres en Italia tras el '68. Hay un punto del que creo que es necesario partir, y es el siguiente: para mi generación, ¿cuál es el nuevo valor que, alrededor de 1968, asumió la persona como individuo, el sujeto-persona respecto a la idea de sujeto colectivo, masa, clase, difundido en el movimiento obrero italiano?

Por poner un ejemplo vivencial: yo, en el 68, tenía 44 años y ya poseía una experiencia política, pertenecía a una familia de la pequeña burguesía intelectual. Era una antifascista imbuida de los valores del saber, de la cultura, contra las injusticias, pero fuertemente individualista; y, por así decir, asexuada. Es obvio que yo era una mujer, pero mi educación se había encaminado a convertirme en una persona, cómo decirlo, neutra, intelectual, capacitada, con la perspectiva de una carrera universitaria o de escribir libros. Cuando estalló la guerra estuve en contacto con las formaciones partisanas milanesas y de la región de Como. Descubrí así a los comunistas y, al mismo tiempo, descubrí una verdad que era nueva para un intelectual de mi generación: que el concepto de persona, de invididuo, que yo consideraba como un valor, era visto, por el contrario, como una limitación. La persona estaba encerrada en su círculo, en su egoísmo, creía poder vivir desarrollando su propia vida individual; en realidad, estaba condicionada y determinada por procesos colectivos y sólo podía liberarse mediante un movimiento de liberación política, social y colectiva. En definitiva, sólo las masas para los demócratas de izquierda y la clase para los comunistas eran el verdadero sujeto. En el fondo la persona era considerada algo estrictamente privado, no comunitario, o bien un elemento, un residuo idealista burgués. Por lo que, para una persona como yo, el esfuerzo para adecuarse a estos valores fue enorme, como los esfuerzos que uno realiza entre los quince y los veinticinco-treinta años: se forma una personalidad que después permanece, en cierto momento se forma un núcleo que arrastra uno el resto de su vida.

Pasé de la afirmación de mi yo irrepetible a un esfuerzo por colocar los valores del colectivo por encima de mis valores personales y a costa de mi vida privada. Porque continué con mis lecturas, oyendo mis discos, haciendo mi trabajo, durante parte de mi tiempo libre, pero lo esencial de mi vida, de mi jornada, transcurría en la búsqueda por comprender cuáles eran los intereses de las masas en su globalidad. Esto caracteriza a todos los movimientos políticos hasta 1968.

Desde entonces, una de las mayores revoluciones es que el individuo, la persona, llega a ser muy importante en el colectivo, porque afirma un principio antijerárquico. Cualquiera tiene derecho a hablar como los demás, como los jefes. Se planteaba quién tenía el derecho de sentarse tras una mesa a hablar, con los otros escuchando. Este fue un momento crucial en el que todos comprendieron que lo que los jefes tenían que decir era lo mismo que los demás. Recuerdo que en París, durante el "mayo", en el transcurso de una asamblea llegó Sartre, pero nadie lo hizo pasar delante y debió esperar a que todos los otros hablaran, y eran estudiantes, mujeres, pensionistas que querían simplemente contar su historia. No siempre era una historia interesante, pero era la historia de la única vida que uno tiene. Querían que no permaneciese solamente como propia, tenían necesidad de comunicarla y de que los demás la escucharan, para no sentirse un cero absoluto, un número en el censo.

Esto descubrió el 68.

Es un tipo de descubrimiento que la sociedad asimila para siempre.

La relación entre individuo y colectivo, individuo y masas, privado y público, ha cambiado desde el 68, para bien o para mal, porque también el espíritu solidario y el sentido de la disciplina eran valores.

En el 68 cualquier autoridad debe ser conquistada en cada caso a través de una reelección llevada a cabo por el colectivo que puede dar o quitar el mando.

Este largo preámbulo es para decir que una de las características específicas del movimiento del 68 es que la persona se convierte en un valor positivo y no sólo en algo susceptible de ser sometido a la voluntad de las masas o a la línea del partido.

¿Todas las personas, hombres y mujeres, o sólo los hombres? Mi respuesta es que en el 68 esta idea de la persona es básicamente la idea de una persona macho. No hay líderes femeninos en el 68. Recuerdo asambleas muy ruidosas con líderes carismáticos acompañados por muchachas de mirada extasiada, pero que hablaban poquísimo. En el 68 las mujeres hablaron muy poco en las asambleas, aunque participaran mucho; se les adjudicó el papel acostumbrado, el de "ángel del mimeógrafo" (era a las mujeres a las que se hacía lanzar los panfletos). Recuerdo que en La Sorbona fue importante conseguir una guardería, porque las mujeres participaban en el movimiento, pero con una función secundaria: colocar las sillas, barrer, etc., y por añadidura como instrumento de una enérgica liberación sexual, algo que las mujeres vivieron entonces y de lo que se ha hablado poco. Pero no siempre fue agradable para ellas. Los hombres eran sexualmente libres y formaba parte del clima del 68 decir: "Ah, tú, pequeña burguesa, te reservas para tu marido, para retornar al rollo familiar", entonces ésta quizás se acostaba incluso con un muchacho que no le gustaba. Era una forma de terrorismo machista que se ejercía sobre chicas de 17, 18 o 19 años que se sentían parte de un movimiento político con la idea de la revolución a la vuelta de la esquina y eran puestas entre la espada y la pared con la acusación de ser burguesas y de "reservarse" para alguien.

La trayectoria de las mujeres que tenían 17 años en el 68 y que después se adhirieron al feminismo en los años 70 ha sido una trayectoria de reconocimiento, de conocimiento de sí mismas y de las demás; trayectoria en absoluto cómoda, porque nada las ayudaba, ni libros, ni las mujeres de la generación anterior, ni las madres.

El nuevo feminismo comprende que para llegar hasta el fondo de la identidad femenina en la sociedad hay que pasar también a través del examen de una misma y del hombre en la relación amorosa. Y ha sido un examen muy duro, difícil y doloroso. Siguiendo esta línea las mujeres han hablado entre ellas. Por ejemplo, yo aprendí a hablar con las mujeres a los cincuenta años; siempre es factible el diálogo con las mujeres, es una gran suerte nuestra, es un diálogo siempre directo. Los hombres no hablan entre ellos, hablan menos o poco, porque, a mi entender, se encuentran limitados por su identidad masculina, que no han sometido a esa criba crítica que las mujeres, por el contrario, han realizado. Para el nuevo feminismo se ha de rechazar el concepto de emancipación: las mujeres no quieren llegar a ser como los hombres, se sienten una cosa distinta, que es difícil definir.

Esta identidad nuestra que no es la emancipación, ¿qué es entonces? ¿Qué significa ser mujer si no podemos ser lo que la tradición dice que las mujeres son? No existe una cultura únicamente femenina. No existe apenas una problemática de la psicología femenina. Freud definía a la mujer como "una zona oscura, el continente oscuro", lo que el hombre no comprende. ¿Qué es nuestro cuerpo? El hombre, incluso el que nos ama, lo conoce poco, conoce el suyo e intenta educarnos a su cuerpo. ¿Y las mujeres? También nosotras sabemos poco de nosotras mismas, ahora vosotras, las jóvenes, algo más, en mis tiempos realmente poquísimo. ¿Y nuestra sexualidad? ¿Qué es la maternidad? Todas las mujeres han dicho que es algo espléndido, no existe nada más bello que la maternidad. Pero la mujer madre sabe cómo la exprime. Y no es siempre cierto que las madres amen por naturaleza a los hijos. Es una relación complicada, sobre todo la de madre-hija es una relación difícil.

La mayor dificultad que ha tenido el movimiento feminista ha sido cómo procurarse una relación no interpersonal, una relación institucionalizada que lo mantuviese vivo.

Entre convertirse en el partido o el sindicato de las mujeres y estar aisladas, en sus diferentes grupos, en cada ciudad, han elegido esto último: no sé si han elegido bien, quizás se podría encontrar una forma nueva de estar juntas, de comunicarse, de conocerse, de salir del propio círculo. Lo que sí sé es que las mujeres no lo han querido así, y por ello se dice que el feminismo se ha acabado.

No es cierto: es una cultura que pasa a través de nosotras, a través de nuestra vida.

La banda del Sargento Pepper

Cuando el realizador Ettore Scola tuvo que elegir una canción que ilustrara el mayo francés en su largometraje *El baile*, genial racconto sin palabras del siglo XX, optó por una conocida balada de amor de Lennon-McCartney: *Michelle*. Sin embargo, la canción había sido grabada tres años atrás en el disco "Rubber Soul" y aunque presentaba algunos versos en francés y era una declaración de amor a una muchacha francesa, no tenía ninguna relación con los sucesos de 1968. Para marzo del '68 los Beatles ya habían editado su obra mayor *Sgt. Pepper* y sacaban a la venta un simple con el tema *Lady Maddona*, donde se preguntaban cómo hacía una mujer con muchos hijos para llegar a fin de mes. Mientras tanto su competencia, los Rolling Stones, daban a conocer el rock & roll *Jumping Jack Flash*.

Los sonidos del silencio del dúo norteamericano Simón & Garfunkel, y el himno *Mi generación* del grupo inglés The Who saturaron las radios.

En mayo de 1968 los rankings de venta de discos en EE.UU. estaban encabezados por el tema *Wonderful World* a cargo del trompetista Louis "Satchmo" Armstrong.

En la Argentina aún resonaban *La balsa* de Los Gatos y *Rompan todo* del grupo uruguayo Los Shakers. En 1968 aparecieron los primeros simples de Almendra y Los Abuelos de la Nada entre otros. Pero a su vez la Escala Musical cumplía 14 años de vida ininterrumpida y Antonio Carrizo conducía Completísimo por el viejo Canal 7.

Muchos cantantes franceses como Léo Ferré, Jean Ferrat y Catherine Sauvage actuaron ante los obreros que ocupaban las fábricas. Integraban la camada musical de Jacques Brel, Juliette Grecco y Georges Brassens. Sin embargo, Brel se había retirado de la escena un año atrás y guardaría silencio hasta 1972, mientras Brassens se había mostrado escéptico y distante ante los hechos, pese a su fama de juglar maldito y anarquista. "Era un asunto que no me interesaba directamente", diría después.



LA MUJER ANTES Y DESPUES

El movimiento del '68 sirvió para demostrar que cualquier autoridad debía ser conquistada, pero no existieron líderes femeninas y la experiencia fue vivida desde una posición marginada.

Por Rossana Rossanda

Se me ha pedido que introduzca un debate sobre cuál ha sido el comportamiento de las mujeres en Italia tras el '68. Hay un punto del que creo que es necesario partir, y es el siguiente: para mi generación, ¿cuál es el nuevo valor que, alrededor de 1968, asumió la persona como individuo, el sujeto-persona respecto a la idea de sujeto colectivo, masa, clase, difundido en el movimiento obrero italiano?

Por poner un ejemplo vivencial: yo, en el 68, tenía 44 años y ya poseía una experiencia política, pertenecía a una familia de la pequeña burguesía intelectual. Era una antifascista imbuida de los valores del saber, de la cultura, contra las injusticias, pero fuertemente individualista; y, por así decir, asexuada. Es obvio que yo era una mujer, pero mi educación se había encaminado a convertirme en una persona, cómo decirlo, neutra, intelectual, capacitada, con la perspectiva de una carrera universitaria o de escribir libros. Cuando estalló la guerra estuve en contacto con las formaciones partisanas milanesas y de la región de Como. Descubrí así a los comunistas y, al mismo tiempo, descubrí una verdad que era nueva para un intelectual de mi generación: que el concepto de persona, de invididuo, que yo consideraba como un valor, era visto, por el contrario, como una limitación. La persona estaba encerrada en su círculo, en su egoísmo, creía poder vivir desarrollando su propia vida individual; en realidad, estaba condicionada y determinada por procesos colectivos y sólo podía liberarse mediante un movimiento de liberación política, social y colectiva. En definitiva, sólo las masas para los demócratas de izquierda y la clase para los comunistas eran el verdadero sujeto. En el fondo la persona era considerada algo estrictamente privado, no comunitario, o bien un elemento, un residuo idealista burgués. Por lo que, para una persona como yo, el esfuerzo para adecuarse a estos valores fue enorme, como los esfuerzos que uno realiza entre los quince y los veinticinco-treinta años: se forma una personalidad que después permanece, en cierto momento se forma un núcleo que arrastra uno el resto de su vida.

Pasé de la afirmación de mi yo irrepetible a un esfuerzo por colocar los valores del colectivo por encima de mis valores personales y a costa de mi vida privada. Porque continué con mis lecturas, oyendo mis discos, haciendo mi trabajo, durante parte de mi tiempo libre, pero lo esencial de mi vida, de mi jornada, transcurría en la búsqueda por comprender cuáles eran los intereses de las masas en su globalidad. Esto caracteriza a todos los movimientos políticos hasta 1968.

Desde entonces, una de las mayores revoluciones es que el individuo, la persona, llega a ser muy importante en el colectivo, porque afirma un principio antijerárquico. Cualquiera tiene derecho a hablar como los demás, como los jefes. Se planteaba quién tenía el derecho de sentarse tras una mesa a hablar, con los otros escuchando. Este fue un momento crucial en el que todos comprendieron que lo que los jefes tenían que decir era lo mismo que los demás. Recuerdo que en París, durante el "mayo", en el transcurso de una asamblea llegó Sartre, pero nadie lo hizo pasar delante y debió esperar a que todos los otros hablaran, y eran estudiantes, mujeres, pensionistas que querían simplemente contar su historia. No siempre era una historia interesante, pero era la historia de la única vida que uno tiene. Querían que no permaneciese solamente como propia, tenían necesidad de comunicarla y de que los demás la escucharan, para no sentirse un cero absoluto, un número en el censo.

Esto descubrió el 68.

Es un tipo de descubrimiento que la sociedad asimila para siempre.

La relación entre individuo y colectivo, individuo y masas, privado y público, ha cambiado desde el 68, para bien o para mal, porque también el espíritu solidario y el sentido de la disciplina eran valores.

En el 68 cualquier autoridad debe ser conquistada en cada caso a través de una reelección llevada a cabo por el colectivo que puede dar o quitar el mando.

Este largo preámbulo es para decir que una de las características específicas del movimiento del 68 es que la persona se convierte en un valor positivo y no sólo en algo susceptible de ser sometido a la voluntad de las masas o a la línea del partido.

¿Todas las personas, hombres y mujeres, o sólo los hombres? Mi respuesta es que en el 68 esta idea de la persona es básicamente la idea de una persona macho. No hay líderes femeninos en el 68. Recuerdo asambleas muy ruidosas con líderes carismáticos acompañados por muchachas de mirada extasiada, pero que hablaban poquísimo. En el 68 las mujeres hablaron muy poco en las asambleas, aunque participaran mucho; se les adjudicó el papel acostumbrado, el de "ángel del mimeógrafo" (era a las mujeres a las que se hacía lanzar los panfletos). Recuerdo que en La Sorbona fue importante conseguir una guardería, porque las mujeres participaban en el movimiento, pero con una función secundaria: colocar las sillas, barrer, etc., y por añadidura como instrumento de una enérgica liberación sexual, algo que las mujeres vivieron entonces y de lo que se ha hablado poco. Pero no siempre fue agradable para ellas. Los hombres eran sexualmente libres y formaba parte del clima del 68 decir: "Ah, tú, pequeña burguesa, te reservas para tu marido, para retornar al rollo familiar", entonces ésta quizás se acostaba incluso con un muchacho que no le gustaba. Era una forma de terrorismo machista que se ejercía sobre chicas de 17, 18 o 19 años que se sentían parte de un movimiento político con la idea de la revolución a la vuelta de la esquina y eran puestas entre la espada y la pared con la acusación de ser burguesas y de "reservarse" para alguien.



La trayectoria de las mujeres que tenían 17 años en el 68 y que después se adhirieron al feminismo en los años 70 ha sido una trayectoria de reconocimiento, de conocimiento de sí mismas y de las demás; trayectoria en absoluto cómoda, porque nada las ayudaba, ni libros, ni las mujeres de la generación anterior, ni las madres.

El nuevo feminismo comprende que para llegar hasta el fondo de la identidad femenina en la sociedad hay que pasar también a través del examen de una misma y del hombre en la relación amorosa. Y ha sido un examen muy duro, difícil y doloroso. Siguiendo esta línea las mujeres han hablado entre ellas. Por ejemplo, yo aprendí a hablar con las mujeres a los cincuenta años; siempre es factible el diálogo con las mujeres, es una gran suerte nuestra, es un diálogo siempre directo. Los hombres no hablan entre ellos, hablan menos o poco, porque, a mi entender, se encuentran limitados por su identidad masculina, que no han sometido a esa criba crítica que las mujeres, por el contrario, han realizado. Para el nuevo feminismo se ha de rechazar el concepto de emancipación, ¿qué es entonces? ¿Qué significa ser mujer si no podemos ser lo que la tradición dice que las mujeres son? No existe una cultura únicamente femenina. No existe apenas una problemática de la psicología femenina. Freud definía a la mujer como "una zona oscura, el continente oscuro", lo que el hombre no comprende. ¿Qué es nuestro cuerpo? El hombre, incluso el que nos ama, lo conoce poco, conoce el suyo e intenta educarnos a su cuerpo. ¿Y las mujeres? También nosotras sabemos poco de nosotras mismas, ahora vosotras, las jóvenes, algo más, en mis tiempos realmente poquísimo. ¿Y nuestra sexualidad? ¿Qué es la maternidad? Todas las mujeres han dicho que es algo espléndido, no existe nada más bello que la maternidad. Pero la mujer madre sabe cómo la exprime. Y no es siempre cierto que las madres amen por naturaleza a los hijos. Es una relación complicada, sobre todo la de madre-hija es una relación difícil.

Esta identidad nuestra que no es la emancipación, ¿qué es entonces? ¿Qué significa ser mujer si no podemos ser lo que la tradición dice que las mujeres son? No existe una cultura únicamente femenina.

La mayor dificultad que ha tenido el movimiento feminista ha sido cómo procurarse una relación no interpersonal, una relación institucionalizada que lo mantuviese vivo.

Entre convertirse en el partido o el sindicato de las mujeres y estar aisladas, en sus diferentes grupos, en cada ciudad, han elegido esto último: no sé si han elegido bien, quizás se podría encontrar una forma nueva de estar juntas, de comunicarse, de conocerse, de salir del propio círculo. Lo que sí sé es que las mujeres no lo han querido así, y por ello se dice que el feminismo se ha acabado.

No es cierto: es una cultura que pasa a través de nosotras, a través de nuestra vida.

ABRAZA A TU AMOR SIN DEJAR TU FUSIL

...del Sargento Pepper

muchos hijos para llegar a fin de mes. Mientras tanto su competencia, los Rolling Stones, daban a conocer el rock & roll *Jumping Jack Flash*.

Los sonidos del silencio del dúo norteamericano Simón & Garfunkel, y el himno *Mi generación* del grupo inglés The Who saturaron las radios.

En mayo de 1968 los rankings de venta de discos en EE.UU. estaban encabezados por el tema *Wonderful World* a cargo del trompetista Louis "Satchmo" Armstrong.

En la Argentina aún resonaban *La balsa* de Los Gatos y *Rompan todo* del grupo uruguayo Los Shakers. En 1968 aparecieron los primeros simples de Almendra y Los Abuelos de la Nada entre otros. Pero a su vez la Escala Musical cumplía 14 años de vida ininterrumpida y Antonio Carrizo conducía Completísimo por el viejo Canal 7.

Muchos cantantes franceses como Léo Ferré, Jean Ferrat y Catherine Sauvage actuaron ante los obreros que ocupaban las fábricas. Integraban la camada musical de Jacques Brel, Juliette Grecco y Georges Brassens. Sin embargo, Brel se había retirado de la escena un año atrás y guardaría silencio hasta 1972, mientras Brassens se había mostrado escéptico y distante ante los hechos, pese a su fama de juglar maldito y anarquista. "Era un asunto que no me interesaba directamente", diría después.

La nueva izquierda y el hippismo nutrieron las filas del movimiento contra la guerra de Vietnam. Todd Gitlin recuerda en *Il Manifesto* la evolución de una corriente que tuvo un triunfo efímero: las muertes de los pacifistas Bob Kennedy y Martin Luther King presagiaron el final.

VIETNAM, DICCIONARIO DE LA DESOBEDIENCIA

Por Todd Gitlin



a primera protesta significativa contra la guerra tuvo lugar en Washington el 17 de abril de 1965. Organizada por los *Students for a Democratic Society* (SDS, Estudiantes por una Sociedad Democrática), atrajo a 25.000 personas, en su mayoría estudiantes. En ese momento había unos 25.000 soldados norteamericanos en Vietnam.

En noviembre de 1969, las tropas americanas en Vietnam se habían multiplicado hasta llegar a 500.000 y en Washington tuvo lugar la mayor manifestación de la historia norteamericana, con 500.000 personas mientras otros centenares de miles participaban en movilizaciones de todo el país. En ese año, antes de ser destruido por divisiones sectarias, el SDS contaba con 100.000 afiliados.

El movimiento contra la guerra se había desarrollado en forma directamente proporcional a la gravedad de la guerra. Pero las respuestas breves suelen ser engañosas. El movimiento no hubiera podido crecer si no hubiera habido una cultura opositora, una estructura organizativa y media década de experiencia de los estudiantes.

El SDS y otros grupos estudiantiles aspiraban a convertirse en una nueva izquierda, independiente de la desacreditada ortodoxia marxista, desesperadamente conscientes sobre su propia posición de hijos de la bomba atómica, incómodos ante la idea de un futuro personal tradicional anclado en las islas bien amuebladas de la sociedad de consumo.

Eran intelectuales, pero querían ser más que intelectuales. Asumieron el principio de la acción directa —poner el cuerpo propio en primera fila— en sentadas y piquetes, en lugar de limitar su actividad política a los rituales de los años de elecciones. La minoría de estudiantes radicales aprovechó el crecimiento de una cultura juvenil desencantada, y la creciente sensación de alienación que comenzó a florecer en los años '50: la cultura popular del rock'n'roll, el culto cinematográfico de James Dean, los escritos de Jack Kerouac, Allen Ginsberg y del resto de la generación *beat*.

Sexo, droga y rock and roll

La cultura juvenil, la publicidad de masa y la televisión, contribuyeron a convencerlos de su importancia. Conmocionados por el asesinato de John Kennedy en 1963 y más aún por las revelaciones sobre las atrocidades americanas en Vietnam, los jóvenes desconfiaban cada vez más de las autoridades oficiales de todo tipo: gobierno, colegio y administradores de la universidad, políticos, dirigentes industriales.

En otoño de 1964, el primer movimiento estudiantil de masa se sublevó en Berkeley, donde la administración había intentado suprimir el activismo por los derechos sociales. La idea del movimiento estudiantil estaba difundida. Sólo esperaba un tema nacional que encendiera el fuego de la oposición general: ese tema fue la guerra de Vietnam.

En 1965, gran parte de la cultura juvenil se tornó furibunda, disruptiva, explícitamente política. Al lado de la nueva izquierda surgía una contracultura hippy bastante más difundida. Fue el auge de las drogas psicodélicas. Cabellos y vestidos largos se convirtieron en símbolos de identidad para los jóvenes decepcionados.

Si la guerra en Vietnam era la encarnación de la racionalidad —como consideraban los hippies— entonces parecía tener sentido cultivar disciplinas místicas, identificarse con los indios americanos y los gurúes orientales y separarse no sólo de la política de los Estados Unidos, sino a menudo de toda la política y de la racionalidad. Desde 1965 en adelante, gran parte del movimiento se radicalizó. A partir del '67 comenzó el rechazo al reclutamiento organizado. Ese mismo año, alentada por ex estudiantes radicales, la resistencia a la guerra se hizo presente hasta en las propias fuerzas armadas.

Principio del fin

Entretanto, las elites liberales retiraban su apoyo a la guerra, especialmente después que la ofensiva del Tet, de enero-febrero de 1968, demostró que la victoria no podía alcanzarse fácilmente y que tal vez no se alcanzara nunca. Las presiones económicas y políticas coincidieron. Los gastos de guerra produjeron los primeros colapsos del dólar. Las elites en torno de Johnson, hombres que habían articulado el consenso de la guerra fría durante veinte años, bajo Truman, Eisenhower y Kennedy, le dijeron que la guerra no se podía ganar y era necesario salir de ella para mantener la paz en América. Humillado, Johnson decidió que el único modo de quedar bien parado era retirar su candidatura a la reelección: el 31 de marzo hizo el anuncio en forma oficial.

Los que formaban el movimiento contra la guerra se regocijaron. Sin embargo, el momento de triunfo resultó efímero, porque el movimiento no logró organizarse para convertirse en una fuerza política consolidada. Cuando Martin Luther King (explícitamente opuesto a la guerra) y Robert Kennedy fueron asesinados, en la primavera de 1968, las fuerzas pacifistas se quedaron sin líder. El ala más militante del movimiento, la nueva izquierda, optó por la estrategia de disturbios. La policía hizo otro tanto. Las manifestaciones sangrientas durante la convención demócrata de agosto, demostraron que el consenso interno de los demócratas estaba fatalmente destruido, aunque contribuyeron a desplazar el éxito de las elecciones de noviembre hacia Richard Nixon.

Las tendencias militantes del movimiento contra la guerra siguieron creciendo hasta comienzos de los años '70, arrastrando incluso al Congreso. Sin embargo, el movimiento no logró sobrevivir. Los militantes creían estar en una situación revolucionaria. En una atmósfera alucinante, se formaron facciones marxista-leninistas, que combatían entre sí por la "línea correcta" y en 1969, deshicieron el SDS. Después que Nixon eliminara el reclutamiento, muchos activistas se desilusionaron ante el fraccionamiento de la izquierda y se dedicaron a otras actividades políticas y privadas.

A pesar de todo, la herencia política sigue siendo formidable: el movimiento ecológico, el movimiento feminista, los movimientos urbanos, una presencia significativa de izquierda en la universidad y entre los profesionales. Y aun durante los años 70 y 80 con el ascenso de la derecha, los sentimientos subyacentes contra la guerra fueron los que impidieron que la administración Reagan extendiera la guerra en Centroamérica, obligando a la derecha a un accionar distinto, como se vio luego con el escándalo Irán-Contras de 1986-87.

Los resultados son significativos, aunque los viejos activistas todavía se preguntan si hubiera sido posible hacer algo más.

Pantalla roja

Aquella noche Robert Kennedy conversaba con sus seguidores en el Hotel Ambassador de Los Angeles. "Creo que podemos terminar con las divisiones en los Estados Unidos. Es posible ponerle fin a la violencia", dijo mientras iba al salón donde se serviría un refrigerio. Sirhan Bishata Sirhan, un joven jordano que había emigrado a los Estados Unidos en 1957, disparó un revólver calibre 22, hiriendo gravemente a Kennedy. El 6 de junio de 1968 moría en una clínica en Los Angeles.

Bob Kennedy había pensado en desafiar a Johnson, el entonces presidente de los Estados Unidos. Sin embargo, sus asesores insistían en que su mejor año sería 1972, luego de que Johnson terminara su segundo período. Convencido, Kennedy prometió a McCarthy que renunciaría a la candidatura.

Eugene McCarthy, senador de Minnesota inició su campaña con un gesto quijotesco; reunió miles de jóvenes voluntarios que fueron a la peluquería, cortaron sus largas melenas y se pusieron corbatas. Así, se desplazaron por toda New Hampshire, golpeando puerta por puerta en busca de votos para las primarias. McCarthy obtuvo el 42 por ciento de los votos demócratas en New Hampshire, Ante el resultado, Kennedy reconsideró la cuestión. Era obvio que 1968 sería un año inusual. El 16 de marzo, cuatro días después de New Hampshire, Robert Kennedy volvió a sumergirse en la campaña electoral. Superó a McCarthy en las primarias de Indiana y Nebraska, pero luego se colocó detrás de él en Oregon. Entonces, la atención del partido se concentraba en las primarias de California del 4 de junio. Kennedy ganó con el 46 por ciento de los votos contra el 42 por ciento de McCarthy. Las cámaras de televisión lo mostraron en el momento del éxito. Horas más tarde, el mundo entero veía en la pantalla la imagen de Kennedy agonizando.

EL FASCISMO AL INODORO DE LA HISTORIA

Un sueño americano

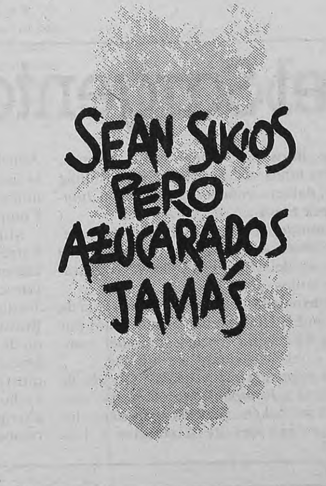
El 4 de abril de 1968 un hombre esperaba pacientemente apostado en una ventana frente al Hotel Lorraine de Memphis. El momento llegó cuando Martin Luther King salió al balcón de su habitación: entonces una bala se le incrustó en el cuello. Una hora más tarde lo declaraban muerto.

Premio Nobel de la Paz en 1964, Martin Luther King se había convertido en el líder del mayor movimiento contra la discriminación racial. Lentamente el sur de los Estados Unidos había empezado a transformarse a medida que los seguidores de King desafiaban la discriminación en escuelas, transportes y todos los lugares públicos. En 1964 la Ley de Derechos Civiles garantizó algunos principios básicos.

King había abogado por un movimiento pacifista, inspirado en la no violencia de Gandhi. Sin embargo, la reacción ante su muerte fue incontenible. En 125 ciudades estallaron manifestaciones violentas, con incendios voluntarios y saqueos. Como respuestas, las autoridades sacaron a la calle 20.000 soldados y 34.000 efectivos de la Guardia Nacional. El saldo fue de 46 muertos, 41 de ellos negros.

En realidad, antes de la muerte del líder negro, varios sectores ya cuestionaban sus métodos pacifistas, que consideraban anacrónicos. En sus arengas, King bregaba por la unión de negros y blancos. "Tengo un sueño", dijo en un famoso discurso. "Mi sueño es que un día (...) los hijos de los ex esclavos y los hijos de los ex esclavistas puedan sentarse en la mesa de la fraternidad."

King tiene un lugar en el Panteón Americano y hay un feriado en su honor. Pero su sueño no se cumplió. El miércoles pasado, la Corte Suprema de Justicia de Estados Unidos anunció que reconsiderará un fallo que en 1976 dio derechos igualitarios a negros y blancos para ocupar puestos de trabajo y otras actividades del sector privado. La explicación es que esa ley podría ser inconstitucional.



La nueva izquierda y el hippismo nutrieron las filas del movimiento contra la guerra de Vietnam. Todd Gitlin recuerda en *Il Manifesto* la evolución de una corriente que tuvo un triunfo efímero: las muertes de los pacifistas Bob Kennedy y Martin Luther King presagiaron el final.

VIETNAM, DICCIONARIO DE LA DESOBEDIENCIA



Por Todd Gitlin

La primera protesta significativa contra la guerra tuvo lugar en Washington el 17 de abril de 1965. Organizada por los *Students for a Democratic Society* (SDS, Estudiantes por una Sociedad Democrática), atrajo a 25.000 personas, en su mayoría estudiantes. En ese momento había unos 25.000 soldados norteamericanos en Vietnam.

En noviembre de 1969, las tropas americanas en Vietnam se habían multiplicado hasta llegar a 500.000 y en Washington tuvo lugar la mayor manifestación de la historia norteamericana, con 500.000 personas mientras otros centenares de miles participaban en movilizaciones de todo el país. En ese año, antes de ser destruido por divisiones sectarias, el SDS contaba con 100.000 afiliados.

El movimiento contra la guerra se había desarrollado en forma directamente proporcional a la gravedad de la guerra. Pero las respuestas breves suelen ser engañosas. El movimiento no hubiera podido crecer si no hubiera habido una cultura opositora, una estructura organizativa y media década de experiencia de los estudiantes.

El SDS y otros grupos estudiantiles aspiraban a convertirse en una nueva izquierda, independiente de la desacreditada ortodoxia marxista, desesperadamente conscientes sobre su propia posición de hijos de la bomba atómica, incómodos ante la idea de un futuro personal tradicional anclado en las islas bien amuebladas de la sociedad de consumo.

Eran intelectuales, pero querían ser más que intelectuales. Asumieron el principio de la acción directa —poner el cuerpo propio en primera fila— en sentadas y piquetes, en lugar de limitar su actividad política a los rituales de los años de elecciones. La minoría de estudiantes radicales aprovechó el crecimiento de una cultura juvenil desencantada, y la creciente sensación de alienación que comenzó a florecer en los años '50: la cultura popular del rock'n'roll, el culto cinematográfico de James Dean, los escritos de Jack Kerouac, Allen Ginsberg y del resto de la generación *beat*.

Sexo, droga y rock and roll

La cultura juvenil, la publicidad de masa y la televisión, contribuyeron a convencerlos de su importancia. Conmocionados por el asesinato de John Kennedy en 1963 y más aún por las revelaciones sobre las atrocidades americanas en Vietnam, los jóvenes desconfiaban cada vez más de las autoridades oficiales de todo tipo: gobierno, colegio y administradores de la universidad, políticos, dirigentes industriales.

En otoño de 1964, el primer movimiento estudiantil de masa se sublevó en Berkeley, donde la administración había intentado suprimir el activismo por los derechos sociales. La idea del movimiento estudiantil estaba difundida. Sólo esperaba un tema nacional que encendiera el fuego de la oposición general: ese tema fue la guerra de Vietnam.

En 1965, gran parte de la cultura juvenil se tornó furibunda, disruptiva, explícitamente política. Al lado de la nueva izquierda surgía una contracultura hippy bastante más difundida. Fue el auge de las drogas psicodélicas. Cabellos y vestidos largos se convirtieron en símbolos de identidad para los jóvenes decepcionados.

Si la guerra en Vietnam era la encarnación de la racionalidad —como consideraban los hippies— entonces parecía tener sentido cultivar disciplinas místicas, identificarse con los indios americanos y los gurúes orientales y separarse no sólo de la política de los Estados Unidos, sino a menudo de toda la política y de la racionalidad. Desde 1965 en adelante, gran parte del movimiento se radicalizó. A partir del '67 comenzó el rechazo al reclutamiento organizado. Ese mismo año, alentada por ex estudiantes radicales, la resistencia a la guerra se hizo presente hasta en las propias fuerzas armadas.

Principio del fin

Entretanto, las elites liberales retiraban su apoyo a la guerra, especialmente después que la ofensiva del Tet, de enero-febrero de 1968, demostró que la victoria no podía alcanzarse fácilmente y que tal vez no se alcanzara nunca. Las presiones económicas y políticas coincidieron. Los gastos de guerra produjeron los primeros colapsos del dólar. Las elites en torno de Johnson, hombres que habían articulado el consenso de la guerra fría durante veinte años, bajo Truman, Eisenhower y Kennedy, le dijeron que la guerra no se podía ganar y era necesario salir de ella para mantener la paz en América. Humillado, Johnson decidió que el único modo de quedar bien parado era retirar su candidatura a la reelección: el 31 de marzo hizo el anuncio en forma oficial.

Los que formaban el movimiento contra la guerra se regocijaron. Sin embargo, el momento de triunfo resultó efímero, porque el movimiento no logró organizarse para convertirse en una fuerza política consolidada. Cuando Martin Luther King (explícitamente opuesto a la guerra) y Robert Kennedy fueron asesinados, en la primavera de 1968, las fuerzas pacifistas se quedaron sin líder. El ala más militante del movimiento, la nueva izquierda, optó por la estrategia de disturbios. La policía hizo otro tanto. Las manifestaciones sangrientas durante la convención demócrata de agosto, demostraron que el consenso interno de los demócratas estaba fatalmente destruído, aunque contribuyeron a desplazar el éxito de las elecciones de noviembre hacia Richard Nixon.

Las tendencias militantes del movimiento contra la guerra siguieron creciendo hasta comienzos de los años '70, arrastrando incluso al Congreso. Sin embargo, el movimiento no logró sobrevivir. Los militantes creían estar en una situación revolucionaria. En una atmósfera alucinante, se formaron facciones marxista-leninistas, que combatían entre sí por la "línea correcta" y en 1969, deshicieron el SDS. Después que Nixon eliminara el reclutamiento, muchos activistas se desilusionaron ante el fraccionamiento de la izquierda y se dedicaron a otras actividades políticas y privadas.

A pesar de todo, la herencia política sigue siendo formidable: el movimiento ecológico, el movimiento feminista, los movimientos urbanos, una presencia significativa de izquierda en la universidad y entre los profesionales. Y aun durante los años 70 y 80 con el ascenso de la derecha, los sentimientos subyacentes contra la guerra fueron los que impidieron que la administración Reagan extendiera la guerra en Centroamérica, obligando a la derecha a un accionar distinto, como se vio luego con el escándalo Irán-Contras de 1986-87.

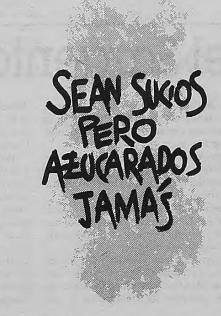
Los resultados son significativos, aunque los viejos activistas todavía se preguntan si hubiera sido posible hacer algo más.

Pantalla roja

Aquella noche Robert Kennedy conversaba con sus seguidores en el Hotel Ambassador de Los Angeles. "Creo que podemos terminar con las divisiones en los Estados Unidos. Es posible ponerle fin a la violencia", dijo mientras iba al salón donde se serviría un refrigerio. Sirhan Bishata Sirhan, un joven jordano que había emigrado a los Estados Unidos en 1957, disparó un revólver calibre 22, hiriendo gravemente a Kennedy. El 6 de junio de 1968 moría en una clínica en Los Angeles.

Bob Kennedy había pensado en desafiar a Johnson, el entonces presidente de los Estados Unidos. Sin embargo, sus asesores insistían en que su mejor año sería 1972, luego de que Johnson terminara su segundo período. Convencido, Kennedy prometió a McCarthy que renunciaría a la candidatura.

Eugene McCarthy, senador de Minnesota inició su campaña con un gesto quijotesco; reunió miles de jóvenes voluntarios que fueron a la peluquería, cortaron sus largas melenas y se pusieron corbatas. Así, se desplazaron por toda New Hampshire, golpeando puerta por puerta en busca de votos para las primarias. McCarthy obtuvo el 42 por ciento de los votos demócratas en New Hampshire, Ante el resultado, Kennedy reconsideró la cuestión. Era obvio que 1968 sería un año inusual. El 16 de marzo, cuatro días después de New Hampshire, Robert Kennedy volvió a sumergirse en la campaña electoral. Superó a McCarthy en las primarias de Indiana y Nebraska, pero luego se colocó detrás de él en Oregon. Entonces, la atención del partido se concentraba en las primarias de California del 4 de junio. Kennedy ganó con el 46 por ciento de los votos contra el 42 por ciento de McCarthy. Las cámaras de televisión lo mostraron en el momento del éxito. **Horas más tarde, el mundo entero veía en la pantalla la imagen de Kennedy agonizando.**



Un sueño americano

El 4 de abril de 1968 un hombre esperaba pacientemente apostado en una ventana frente al Hotel Lorraine de Memphis. El momento llegó cuando Martin Luther King salió al balcón de su habitación: entonces una bala se le incrustó en el cuello. Una hora más tarde lo declaraban muerto.

Premio Nobel de la Paz en 1964, Martin Luther King se había convertido en el líder del mayor movimiento contra la discriminación racial. Lentamente el sur de los Estados Unidos había empezado a transformarse a medida que los seguidores de King desafiaban la discriminación en escuelas, transportes y todos los lugares públicos. En 1964 la Ley de Derechos Civiles garantizó algunos principios básicos.

King había abogado por un movimiento pacifista, inspirado en la no violencia de Gandhi. Sin embargo, la reacción ante su muerte fue incontenible. En 125 ciudades estallaron manifestaciones violentas, con incendios voluntarios y saqueos. Como respuestas, las autoridades sacaron a la calle 20.000 soldados y 34.000 efectivos de la Guardia Nacional. El saldo fue de 46 muertos, 41 de ellos negros.

En realidad, antes de la muerte del líder negro, varios sectores ya cuestionaban sus métodos pacifistas, que consideraban anacrónicos. En sus arengas, King bregaba por la unión de negros y blancos. "Tengo un sueño", dijo en un famoso discurso. "Mi sueño es que un día (...) los hijos de los ex esclavos y los hijos de los ex esclavistas puedan sentarse en la mesa de la fraternidad."

King tiene un lugar en el Panteón Americano y hay un feriado en su honor. Pero su sueño no se cumplió. El miércoles pasado, la Corte Suprema de Justicia de Estados Unidos anunció que reconsiderará un fallo que en 1976 dio derechos igualitarios a negros y blancos para ocupar puestos de trabajo y otras actividades del sector privado. **La explicación es que esa ley podría ser inconstitucional.**

SEAN SUCIOS
PERO
AZUCARADOS
JAMÁS



TODO EMPEZO EN EL CINE...

Por H.A.T.

Catorce años después, con los ánimos ya calmados, François Truffaut escribió que el conflicto suscitado en la Cinemateca Francesa había sido, durante 73 días de febrero-abril, el prólogo a los así llamados "sucesos" de mayo 1968. En rigor de crónica policial, el incidente comenzó el 9 de febrero cuando el gobierno de De Gaulle y su ministro André Malraux dieron por terminados los servicios de Henri Langlois como director de una Cinemateca que él había creado y supervisado. Prosiguió con la más extendida protesta y la más singular unanimidad que se haya registrado en el mundo del cine, no sólo por la adhesión a Langlois que manifestaron los realizadores jóvenes de entonces (Truffaut mismo, Godard, Doniol-Valcroze, Resnais) sino por la adhesión de personalidades extranjeras, incluyendo a Chaplin, a Orson Welles, a Rossellini. Terminó cuando el gobierno de De Gaulle dio marcha atrás y restableció a Langlois en su puesto.

La historia de ese conflicto tenía sin embargo raíces más profundas. Comenzó hacia 1929, cuando el cine mudo agonizaba y cuando el joven Langlois, con quince años de edad, despertó su curiosa vocación por coleccionar películas. No tenía muchos medios económicos y ciertamente no llegó a ser rico ni tampoco pretendió serlo. Pero cultivaba la habilidad, la intriga, la perspicacia para el intercambio. Al comienzo, sus tareas de salvataje permitieron la perduración de nombres famosos en la historia del cine mudo, como Louis Feuillade, Jean Renoir o Abel Gance. Después aparecieron los primeros materiales desechados por el incipiente cine sonoro, la absorción de copias del cine extranjero, la formación de una Cinemateca, los complicados laberintos de la guerra mundial y de la ocupación nazi, la expansión posterior que llevó no sólo a colaborar con otras filmotecas extranjeras sino la creación de ellas (la Cinemateca Argentina, por ejemplo) y la de una Federación Internacional de Archivos de Films, o FIAF, que fue el centro de un trabajoso intercambio.

En la década de 1950, la Cinemateca era la reconocida escuela de muchos jóvenes que sintieron la vocación por el cine, algunos de los cuales (Truffaut, Godard, Rohmer, Rivette, Chabrol, Resnais) integrarían el núcleo de la Nueva Ola hacia 1959. Todos y cada uno de ellos expresaron después su deuda con Langlois, porque en la Cinemateca habían llegado a apreciar a muchos maestros del cine (Griffith, Von Stroheim, Mizoguchi, Eisenstein, Ophuls) cuyas obras no estaban en circulación comercial.

Pero Langlois tenía los defectos de sus virtudes. Sólo vivía para la Cinemateca, sufría un celo enfermizo, veía enemigos en cada rincón y no toleraba que se desafiara su autoridad, lo que le llevó en 1960 a renunciar a la misma FIAF que había creado. Quería conservar películas, pero era un mal administrador de sus bienes y pretendía conservar en su cabeza todos los hilos de complicadas programaciones y elaborados intercambios. A cierta altura el Estado francés lo apoyó, dándole entre otros aportes la lujosa sala del Palais de Chaillot (junio 1963). Pero a medida que el Estado aumentaba su aporte y sus controles financieros, Langlois veía rebajada su autoridad, dispersada ahora en plurales consejos administrativos. En esa ambigua situación fue primero defendido y luego atacado por André Malraux, entonces ministro de Charles de Gaulle y supervisor de la cultura. En 1967 el gobierno pedía ya una reorganización básica de la Cinemateca. El 9 de febrero de 1968 el nuevo consejo administrativo propuso sustituir a Langlois por Pierre Barbin, que había sido director de varios festivales franceses. La situación de la entidad estaba condicionada por los subsidios estatales.

Al día siguiente comenzó una batalla de artículos periodísticos y pronunciamientos personales. Entre quienes pidieron mantener a Langlois en su puesto había cuarenta realizadores franceses (con Abel Gance, Truffaut, Resnais, Bresson y Renoir en primera fila). Dos días después comenzaron a llegar las adhesiones de realizadores extranjeros, que llanamente prohibían la exhibición de sus películas, antes donadas a la Cinemateca, si en ésta ya no figuraba Langlois. Esa formidable resistencia (con firmas famosas en telegramas: Chaplin, Rossellini, Fritz Lang, Nicholas Ray, Orson Welles y muchos más) se prolongó a la manifestación callejera, a disturbios policiales en las calles, a la adhesión a Langlois por parte de nombres estelares: Truman Capote, Marguerite Duras, Pablo Picasso, Jean Paul Sartre, Eugene Ionesco y una larga lista. El 22 de abril De Gaulle y Malraux habían reconocido su derrota. Repusieron a Langlois en la Cinemateca, le concedieron mayor autonomía y disminuyeron los subsidios estatales. De hecho, la Cinemateca había ganado una batalla pero a costa de grandes bajas y daños.



"Haga el amor y no la guerra" escribían quienes clamaban por una revolución sexual al ritmo de Los Beatles. Con Kennedy y Martin Luther King murieron dos líderes del pacifismo, símbolos de 1968 como los Panteras Negras con su puño en alto en las Olimpíadas de México.

La pantera que fue puma

El mundo entero contempló esta imagen en las pantallas de televisión en julio de 1968. Los atletas norteamericanos John Carlos y Tommy Smith habían ganado la prueba de 200 metros llanos en los Juegos Olímpicos de México. En el momento de subir al podio a recibir sus medallas, los ganadores bajaron la cabeza y levantaron su puño enguantado de negro. Era el saludo del *Black Power* (Poder Negro). "Por única vez desde la creación de la televisión, dos hombres tomaban pacíficamente como rehén la imaginación de los hombres del mundo entero", escribe Dany Cohn-Bendit veinte años después. "Por primera vez —agrega— cientos de millones de hombres y mujeres se vieron obligados a consumir una emoción diferente de la programada. Por primera vez, gracias a un simple gesto y sin pronunciar palabra, dos negros americanos decían a toda la raza blanca: *Nunca más les lameremos el culo.*"

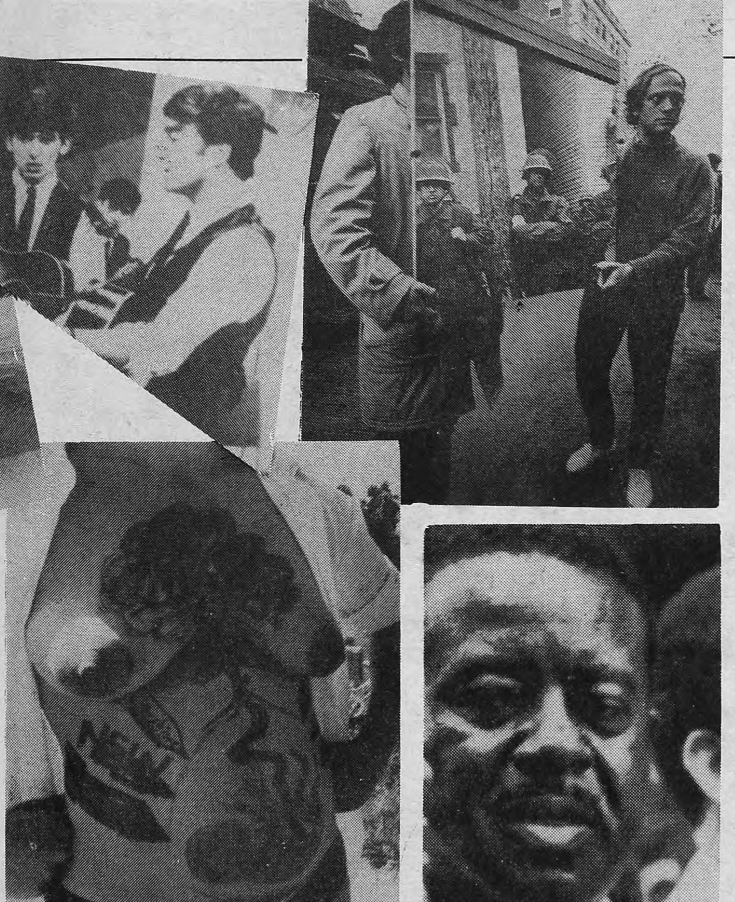
La idea había sido de John Carlos, quien convenció a Tommy Smith y le prestó su propio guante de cuero negro. Las consecuencias de la protesta en México fueron el desprecio y el despido.

"Fue duro —dijo John Carlos—, mi familia y yo pasamos hambre, pero no me arrepiento de nada. Era preciso que mis compatriotas comprendieran que no podían comprar a los negros con caramelos o medallas olímpicas." "Gracias a las luchas que emprendimos —concluyó—, hoy los negros viven mejor, pueden proseguir sus estudios, disponen de nuevos medios de acción y los atletas negros son tratados mejor que en 1968."

Un mes después de aquellos militantes puños negros, en agosto de 1968, la organización de los *black panthers* (panteras negras) intensificaba su lucha reivindicativa con métodos violentos enfrentando a la policía en Los Angeles.

En las Olimpíadas de Munich en 1972 John Carlos trabajaba sin sueldo para un fabricante de artículos deportivos. Catalogado de subversivo, no conseguía empleo y vivía de lo que cobraba por las entrevistas. "Hay que mantener a la familia", decía. Un periodista creyó ver una pantera negra en su camisa y se entusiasmó frente a los viejos ideales vivos. "¿Aún hoy peleas por el *Black Power?*", preguntó con un velado gesto de admiración. John Carlos guardó silencio durante unos segundos, bajó la cabeza como aquel día en México pero esta vez no levantó el puño. "No es una pantera —explicó—. Es un puma, el emblema de la firma deportiva que promociono."

OLVÍDENSE TODO
LO QUE HAN
APRENDIDO
COMIENCEN
A SOÑAR



TODO EMPEZO EN EL CINE...

Por H.A.T.

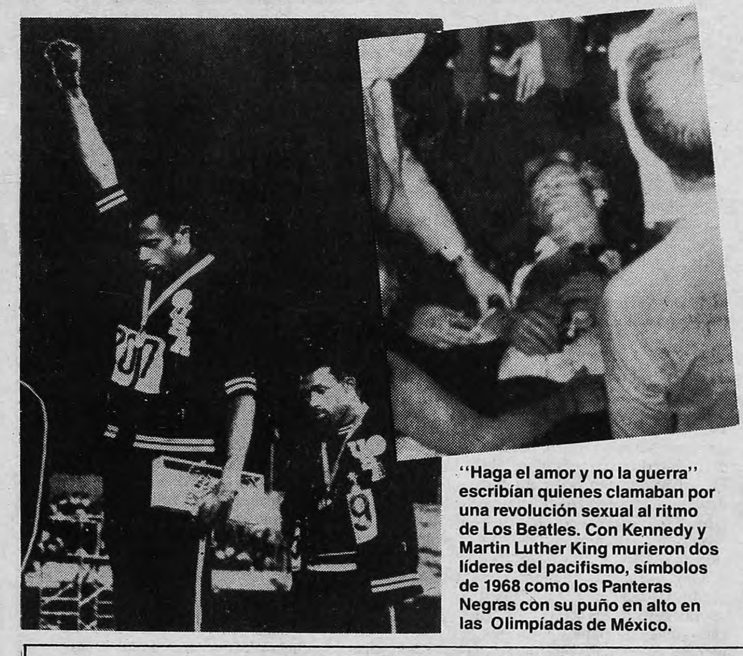
Catorce años después, con los ánimos ya calmados, François Truffaut escribió que el conflicto suscitado en la Cinemateca Francesa había sido, durante 73 días de febrero-abril, el prólogo a los así llamados "sucesos" de mayo 1968. En rigor de crónica policial, el incidente comenzó el 9 de febrero cuando el gobierno de De Gaulle y su ministro André Malraux dieron por terminados los servicios de Henri Langlois como director de una Cinemateca que él había creado y supervisado. Prosiguió con la más extendida protesta y la más singular unanimidad que se haya registrado en el mundo del cine, no sólo por la adhesión a Langlois que manifestaron los realizadores jóvenes de entonces (Truffaut mismo, Godard, Doniol-Valcroze, Resnais) sino por la adhesión de personalidades extranjeras, incluyendo a Chaplin, a Orson Welles, a Rossellini. Terminó cuando el gobierno de De Gaulle dio marcha atrás y restableció a Langlois en su puesto.

La historia de ese conflicto tenía sin embargo raíces más profundas. Comenzó hacia 1929, cuando el cine mudo agonizaba y cuando el joven Langlois, con quince años de edad, despertó su curiosa vocación por coleccionar películas. No tenía muchos medios económicos y ciertamente no llegó a ser rico ni tampoco pretendió serlo. Pero cultivaba la habilidad, la intriga, la perspicacia para el intercambio. Al comienzo, sus tareas de salvataje permitieron la perduración de nombres famosos en la historia del cine mudo, como Louis Feuillade, Jean Renoir o Abel Gance. Después aparecieron los primeros materiales desechados por el incipiente cine sonoro, la absorción de copias del cine extranjero, la formación de una Cinemateca, los complicados laberintos de la guerra mundial y de la ocupación nazi, la expansión posterior que llevó no sólo a colaborar con otras filmotecas extranjeras sino la creación de ellas (la Cinemateca Argentina, por ejemplo) y la de una Federación Internacional de Archivos de Films, o FIAF, que fue el centro de un trabajoso intercambio.

En la década de 1950, la Cinemateca era la reconocida escuela de muchos jóvenes que sintieron la vocación por el cine, algunos de los cuales (Truffaut, Godard, Rohmer, Rivette, Chabrol, Resnais) integrarían el núcleo de la Nueva Ola hacia 1959. Todos y cada uno de ellos expresaron después su deuda con Langlois, porque en la Cinemateca habían llegado a apreciar a muchos maestros del cine (Griffith, Von Stroheim, Mizoguchi, Eisenstein, Ophuls) cuyas obras no estaban en circulación comercial.

Pero Langlois tenía los defectos de sus virtudes. Sólo vivía para la Cinemateca, sufría un celo enfermizo, veía enemigos en cada rincón y no toleraba que se desafiara su autoridad, lo que le llevó en 1960 a renunciar a la misma FIAF que había creado. Quería conservar películas, pero era un mal administrador de sus bienes y pretendía conservar en su cabeza todos los hilos de complicadas programaciones y elaborados intercambios. A cierta altura el Estado francés lo apoyó, dándole entre otros aportes la lujosa sala del Palais de Chaillot (junio 1963). Pero a medida que el Estado aumentaba su aporte y sus controles financieros, Langlois veía rebajada su autoridad, dispersada ahora en plurales consejos administrativos. En esa ambigua situación fue primero defendido y luego atacado por André Malraux, entonces ministro de Charles de Gaulle y supervisor de la cultura. En 1967 el gobierno pedía ya una reorganización básica de la Cinemateca. El 9 de febrero de 1968 el nuevo consejo administrativo propuso sustituir a Langlois por Pierre Barbin, que había sido director de varios festivales franceses. La situación de la entidad estaba condicionada por los subsidios estatales.

Al día siguiente comenzó una batalla de artículos periodísticos y pronunciamientos personales. Entre quienes pidieron mantener a Langlois en su puesto había cuarenta realizadores franceses (con Abel Gance, Truffaut, Resnais, Bresson y Renoir en primera fila). Dos días después comenzaron a llegar las adhesiones de realizadores extranjeros, que llanamente prohibían la exhibición de sus películas, antes donadas a la Cinemateca, si en ésta ya no figuraba Langlois. Esa formidable resistencia (con firmas famosas en telegramas: Chaplin, Rossellini, Fritz Lang, Nicholas Ray, Orson Welles y muchos más) se prolongó a la manifestación callejera, a disturbios policiales en las calles, a la adhesión a Langlois por parte de nombres estelares: Truman Capote, Marguerite Duras, Pablo Picasso, Jean Paul Sartre, Eugene Ionesco y una larga lista. El 22 de abril De Gaulle y Malraux habían reconocido su derrota. Repusieron a Langlois en la Cinemateca, le concedieron mayor autonomía y disminuyeron los subsidios estatales. De hecho, la Cinemateca había ganado una batalla pero a costa de grandes bajas y daños.



"Haga el amor y no la guerra" escribían quienes clamaban por una revolución sexual al ritmo de Los Beatles. Con Kennedy y Martin Luther King murieron dos líderes del pacifismo, símbolos de 1968 como los Panteras Negras con su puño en alto en las Olimpíadas de México.

La pantera que fue puma

El mundo entero contempló esta imagen en las pantallas de televisión en julio de 1968. Los atletas norteamericanos John Carlos y Tommy Smith habían ganado la prueba de 200 metros llanos en los Juegos Olímpicos de México. En el momento de subir al podio a recibir sus medallas, los ganadores bajaron la cabeza y levantaron su puño enguantado de negro. Era el saludo del *Black Power* (Poder Negro). "Por única vez desde la creación de la televisión, dos hombres tomaban pacíficamente como rehén la imaginación de los hombres del mundo entero", escribe Dany Cohn-Bendit veinte años después. "Por primera vez —agrega— cientos de millones de hombres y mujeres se vieron obligados a consumir una emoción diferente de la programada. Por primera vez, gracias a un simple gesto y sin pronunciar palabra, dos negros americanos decían a toda la raza blanca: *Nunca más les lameremos el culo.*"

La idea había sido de John Carlos, quien convenció a Tommy Smith y le prestó su propio guante de cuero negro. Las consecuencias de la protesta en México fueron el desprecio y el despido.

"Fue duro —dijo John Carlos—, mi familia y yo pasamos hambre, pero no me arrepiento de nada. Era preciso que mis compatriotas comprendieran que no podían comprar a los negros con caramelos o medallas olímpicas." "Gracias a las luchas que emprendimos —concluyó—, hoy los negros viven mejor, pueden proseguir sus estudios, disponen de nuevos medios de acción y los atletas negros son tratados mejor que en 1968."

Un mes después de aquellos militantes puños negros, en agosto de 1968, la organización de los *black panthers* (panteras negras) intensificaba su lucha reivindicativa con métodos violentos enfrentando a la policía en Los Angeles.

En las Olimpíadas de Munich en 1972 John Carlos trabajaba sin sueldo para un fabricante de artículos deportivos. Catalogado de subversivo, no conseguía empleo y vivía de lo que cobraba por las entrevistas. "Hay que mantener a la familia", decía. Un periodista creyó ver una pantera negra en su camisa y se entusiasmó frente a los viejos ideales vivos. "¿Aún hoy peleas por el *Black Power?*", preguntó con un velado gesto de admiración. John Carlos guardó silencio durante unos segundos, bajó la cabeza como aquel día en México pero esta vez no levantó el puño. "No es una pantera —explicó—. Es un puma, el emblema de la firma deportiva que promociono."

OLVIDENSE TODO LO QUE HAN APRENDIDO COMIENCEN A SOÑAR



SARTRE

PERMANENCIA DEL ULTIMO GRANDE

Por Carlos Altamirano

No pertenezco a la generación sartreana. Para los que ingresamos en la vida intelectual y política de la izquierda argentina a comienzos de los años sesenta, Sartre ya estaba allí. El existencialismo de posguerra, la primera época de *Les temps modernes*, los primeros volúmenes de *Situations* pertenecían a un pasado que tenía vagos ecos para nosotros o remitían a momentos superados de un recorrido que llevaba al marxismo. Al pasado pertenecían también los dilemas de una izquierda no comunista en el medio de la "guerra fría", las polémicas con Albert Camus, con Claude Lefort, que aparecían como sucesivos ajustes de cuenta en el trayecto hacia las posiciones del presente. Aun el nombre de Merleau-Ponty era antes que nada el del camarada intelectual que se había extraviado en el camino.

Incluso para el teatro, los cuentos, las novelas de Sartre llegábamos un poco tarde. El que nos interpelaba era, sobre todo, el Sartre de "Cuestiones de método" y *Crítica de la razón dialéctica*, el de *Huracán sobre el azúcar* y el de los prólogos a *Adén-Arabia*, de Nizan,y a *Los condenados de la tierra*, de Fanon, el opositor a De Gaulle, el aliado de la revolución argelina. El Sartre que en 1964 desairaba a la institución más solemne de la consagración literaria, la del Premio Nobel. Literariamente, más que sus trabajos de ficcionalización de ideas, eran sus ensayos, la inteligencia y el lenguaje de sus ensayos, además de la maestría de *Las palabras*, lo que nos despertaba mayor admiración. Este era el Sartre que ya estaba allí para los que recién llegábamos, casi treinta años atrás, a la cultura de izquierda.

Que en Mayo de 1968 lo encontráramos del lado de los estudiantes, hablando y escribiendo en favor del movimiento que ponía en crisis el orden gaullista y contra los representantes del alto clero universitario o contra la renuencia del Partido Comunista Francés, estaba en la lógica de las cosas, por decirlo así. Era del lado que esperábamos encontrarlo en esa revuelta que se mostró más cultural que política, aun cuando, por un corto tiempo, apareció como la brecha que devolvía actualidad a la expectativa de una revolución en el Occidente desarrollado, en el área del "neocapitalismo" según el vocabulario de esos años. "Paradójicamente, ante los jóvenes cuya movilización acompañó en las jornadas del '68 él ya no tendría el papel de *maître à penser*. Por debajo o entremezcladas con las diferentes versiones del radicalismo ideológico —más o menos marxistas— que hizo emerger aquella revuelta, circulaba el eco de otros dicursos y de otras sugestiones intelectuales: los de Althusser, Lacan, Foucault...

En una entrevista de 1966, Sartre había pronunciado una dura condena de la corriente que por entonces se identificaba con esos nombres (además de los de Levi-Strauss y Barthes), el estructuralismo. Este, decía Sartre, era la última barrera que la burguesía había erigido contra Marx. Invitado a responder tiempo después, Foucault hablaría de modo más bien condescendiente, rindiendo incluso homenaje a la labor filosófica que Sartre había emprendido en el pasado, así como a la generosidad con que se involucraba en los problemas de la vida política. Pero, según Foucault, ni la filosofía ni la historia se pensaban ya de acuerdo con los términos de la generación sartreana. En verdad, y como no tardaría en verse, más allá del humor estructuralista —convertido en jerga de moda fuera de los ámbitos donde producía algo más que ejercicios de descripción formalizada—, un giro de efectos prolongados había ido erosionando los supuestos intelectuales sobre los que se había fundado, durante casi veinte años, la hegemonía de Sartre y *Les temps modernes* en la escena cultural francesa.

En efecto, más que la temporada estructuralista, sería lo que sobrevino tras su eclipse (después del '68 ya ni se coqueteaba con ese vocabulario) lo que mostraría cuánto había cambiado el terreno. Las nociones que Sartre había introducido en la cultura de izquierda —proyecto, totalización, ambigüedad, sentido, etc.—, incluso su búsqueda de una antropología que liberara al marxismo del objetivismo positivista en que lo veía esclerosarse, no eran ya las cuestiones que animaban el debate intelectual. Filosóficamente, Sartre aparecía como el último grande de una familia en declinación, las filosofías del sujeto y la conciencia, en un momento en que todo discurso que evocara la dialéctica del sujeto y el objeto, todo humanismo y en general toda antropología filosófica se habían tornado ideológicamente sospechosos en el mundo de la izquierda "cultivada".

La terminología radical —en primer término, la que derivaba del maoísmo y del lenguaje de la Revolución Cultural— disimularía después del '68, aunque sólo por unos años, las mezclas y las fracturas. Por otra parte, el fervor no había dejado de atraer tampoco a varios de los representantes de las filosofías del "descentramiento" (del sujeto, de la conciencia, de la historia), que invocaban también a Marx y algunos incluso a Mao. De cualquier modo, cuando entre 1971 y 1972 aparecieron los tomos de la última obra importante de Sartre, *El idiota de la familia*, ellos ya no estaban acompañados de las expectativas proféticas que antes habían rodeado a la publicación de sus libros, pese a que el trabajo sobre Flaubert era un formidable intento por poner a prueba esa hermenéutica "total" anunciada en "Cuestiones de método".

El encuentro entre los jóvenes rebeldes de 1968 y Sartre se daría, pues, en un cruce de caminos. No sé si alguien, por entonces, podía percibirlo en esos términos. En todo caso era difícil que ello ocurriera entre quienes desde aquí nos enterábamos de que Sartre estaba donde se esperaba, nosotros que muy pronto nos veríamos envueltos en la agitación de nuestro propio mayo, el de Córdoba de 1969, más obrero que aquel parisino y que produciría también sus propios entreveros, discursivos y de los otros. Para Sartre el '68 clausuraba una etapa y abría otra en su trayectoria intelectual, según declararía en 1972 en una larga entrevista filmada, cambio que pondría fin a su papel de intelectual clásico, mandarín del saber ligado a la burguesía, así hablara contra ella. Pero no dejaría de escribir sobre Flaubert, aunque se creía obligado a explicar por qué seguía haciéndolo. Por lo demás se prodigó como nunca: escribió volantes, los distribuyó, habló en la puerta de fábricas, voceó uno de los periódicos maoístas a los que dio apoyo, *La Cause du Peuple*, auspició con su nombre la aparición del diario *Liberation*, nacido para proporcionar información alternativa.

Los grupos "mao" no tardaron en disolverse y hacia mediados de la década del setenta las aguas del izquierdismo pos-68 se habían retirado y dejaban ver otro paisaje. La muerte de Mao no sólo puso fin a la Revolución Cultural en China, también puso fin al consumo de sus versiones míticas por parte de la *intelligentsia* francesa. Vino el tiempo del posestructuralismo y del posmarxismo, el del discurso sobre los poderes "micro" y múltiples y sobre las resistencias locales, el tiempo del retorno a Nietzsche y a Heidegger, el de la crisis de los "grandes relatos" de emancipación enunciada en el marco de otros grandes relatos (la trayectoria de la metafísica occidental, de la razón moderna, etc.), el tiempo de Foucault, Deleuze, Braudillard, Derrida... Ninguno de éstos ocuparía el lugar único que había tenido Sartre, así como ningún foco ideológico hegemonizaría ya la escena cultural.

En ocasión de la muerte de Sartre, en 1980, Rossana Rossanda escribió un artículo de conmovido homenaje. Allí decía que él fue un intelectual que no se administraba. Quería decir, era alguien que apostaba, corría riesgos, que no vigilaba cuál era su mejor perfil a la hora de aparecer. Así se exponía y daba tropiezos, pero pensaba en voz alta, en público, incluso para referirse a los que juzgaba sus errores o sus cambios. No se mezquinaba. Agreguemos que representó como nadie cierta idea: la de la izquierda como indignación, idea más moral que política, pero grave y seria. Por eso no fue sólo la burguesía la que no lo tuvo: compañero de ruta de muchas causas, su solidaridad con ellas —aun cuando no considerara vulgar tomar en cuenta las dificultades y los obstáculos de cada empresa— tenía límites, más allá de los cuales se corrompía la verdad del propio compromiso.

En fin, su tiempo no es este que vivimos y sería vano hacer como si nada hubiera ocurrido, incluso con algunas de sus apuestas que por lo general fueron también las nuestras. Creo, de cualquier modo, que a veinte años de aquella revuelta de mayo, ésta aparece como un capítulo chisporroteante y efímero, mientras en Sartre hay todavía muchas páginas para leer y releer.